

BOLSILIBROS

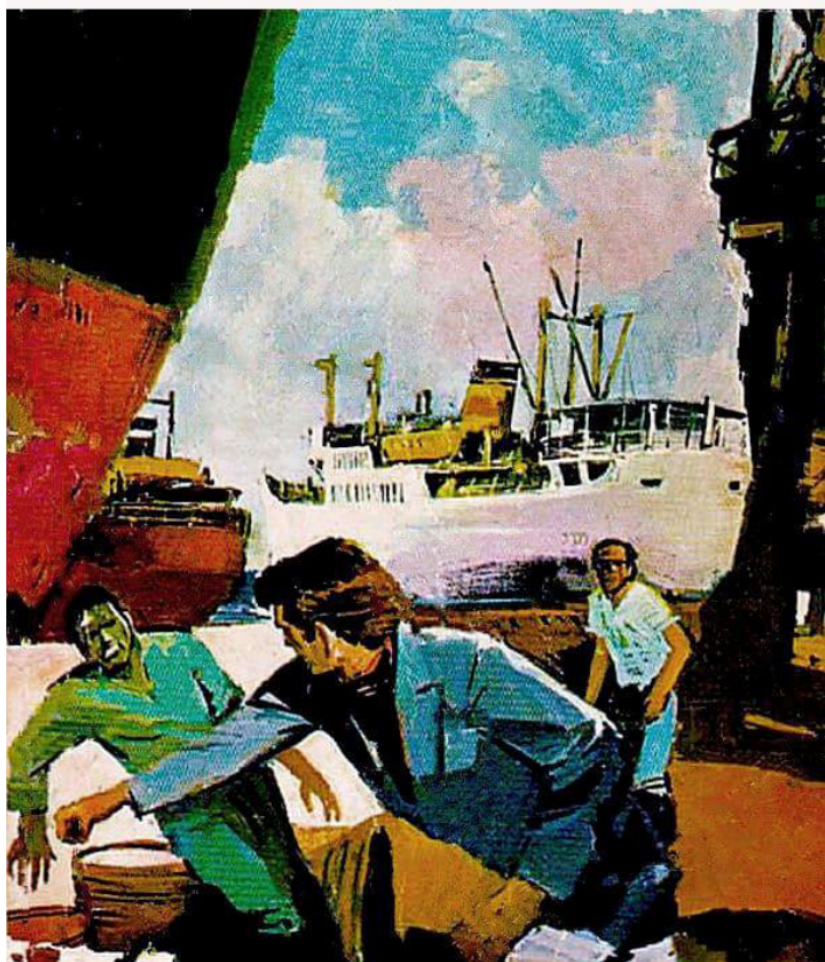


SERVICIO SECRETO

de

un maldito bribón

cliff bradley



—Naturalmente, si falla y es capturado, nosotros nos desentenderemos de su suerte...

Eso había dicho *sir* Charles. Era el bien conocido *disco*, tan popularizado por las películas y la televisión. Roy Raglan le hizo oídos de mercader y le contestó con cierta soma, eso sí, muy respetuosa, porque *sir* Charles era un importante personaje, que conocía los riesgos de su oficio.

Un condenado oficio donde los hubiera. Y tan inclasificable, como muchos jóvenes paseantes por los alrededores de Piccadilly Circus. Pero a Roy le gustaba; no lo habría cambiado por una cómoda oficina en la City, como ejemplo de sólida y respetable manera de ganar dinero.



Cliff Bradley

Un maldito bribón

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1187

ePub r1.1

Titivillus 12-01-2020

Título original: *Un maldito bribón*
Cliff Bradley, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—Naturalmente, si falla y es capturado, nosotros nos desentenderemos de su suerte...

Eso había dicho *sir* Charles. Era el bien conocido *disco*, tan popularizado por las películas y la televisión. Roy Raglan le hizo oídos de mercader y le contestó con cierta sorna, eso sí, muy respetuosa, porque *sir* Charles era un importante personaje, que conocía los riesgos de su oficio.

Un condenado oficio donde los hubiera. Y tan inclasificable, como muchos jóvenes paseantes por los alrededores de Piccadilly Circus. Pero a Roy le gustaba; no lo habría cambiado por una cómoda oficina en la City, como ejemplo de sólida y respetable manera de ganar dinero.

El ganaba a veces mucho dinero. En otras ocasiones mucho menos, en algunas su cosecha era decepcionante; pero también formaba parte del juego. Como algunos otros gajes.

Entre los gajes, por ejemplo, se encontraba esta bella muchacha de cuerpo felino y ojos de pantera, corta melena leonada, piel como la corteza de aquellos panes, que antaño se comían y boca tentadora; la lástima —todas las rosas tienen espinas— era que Roy Raglan estaba totalmente impedido de realizar lo que en buena lógica un hombre normal realizaría con tal materia prima como la que torturaba sádicamente sus pupilas.

No, no había ningún rígido censor a la vista. Por lo común, en el oficio de Roy Raglan los censores, de cualquier tipo, nada tenían que hacer y se habrían llevado muy gordos berrinches a cada dos por tres, terminando muy pronto como de que mentalmente les desean sus víctimas. El motivo era otro, mucho más acorde con las tareas que Raglan realizaba.

Estaba sólidamente amarrado, por cordones de nylon delgados y crueles, a una endemoniada silla frailuna cuyas múltiples aristas se le clavaban por todas partes; tenía las manos ligadas al respaldo de la misma; las piernas echadas hacia los lados del mueble, los tobillos atados a las patas traseras y las nalgas incómodamente

apostadas hacia el borde del asiento y los hombros aplastados contra el respaldo; el tronco enarcado. La silla parecía estar atornillada al suelo y no había la menor posibilidad de romperla.

Ella lo contemplaba de modo especulativo; entre curiosa, satisfecha, divertida..., plantada ante sus ojos con toda su soberbia belleza juvenil y fumando despacio, con mucho estilo.

—Espero y deseo que se encuentre a gusto, señor Raglan —dijo con voz de terciopelo, tras expeler el humo de modo realmente tentador. Raglan se dijo que era muy cierta la afirmación del sabio acerca de las hembras de todas las especies, pero repuso, con cierta ironía, que no podía encontrarse mejor.

—Aunque, a decir verdad, preferiría estar en disposición de demostrarte cumplidamente el efecto que me provoca tu belleza.

Su galantería pareció complacer a la joven.

—No lo dudo. Y yo no tendría demasiado que oponer a sus deseos en ese sentido, de veras. Más aún, estoy dispuesta a ser de lo más dulce, cariñosa y complaciente con usted. Sólo tiene que decirme lo que deseo saber.

Lo que ella deseaba saber era, precisamente, el seguro de vida de Roy Raglan. En cuanto se lo hubiera dicho lo enviarían al otro barrio por la vía rápida, eso sí, con toda pulcritud. Esta pandilla tenía a gala el no usar métodos burdos y caducos; eran gente moderna, elegante. Tenía la prueba ante sí.

—Preciosa, si yo suelto la lengua, no me dejarán tus amigos tiempo para gozar tus múltiples encantos; eso lo sabemos ambos muy bien.

—¿Está seguro?

—Tanto como de lo muy deseable que resultas, vista así.

Ella sonrió. Una sonrisa perfecta. Se acercó más, con deliberada parsimonia, hasta tocarle las rodillas con sus piernas; se inclinó poco a poco sobre él, con el cigarrillo encendido en la mano, mirándole al fondo de los ojos.

No, no le quemó con el cigarrillo. Eso se queda para las malas películas de bandidos. Lo que hizo fue ponérselo en la boca, para que fumara.

Condenadas mujeres... Se las saben todas y son tan crueles como astutas. Un hombre puede ser duro como el acero, valiente como el león, audaz como el gato salvaje; puede tener la piel curtida en todos los azares de la vida, una razonable inteligencia, una mente a

prueba de lavados... Pero como sea un verdadero hombre, nada de lo anterior, ni tampoco otras cualidades positivas, pueden librarlo de sentir agudamente la atracción de una mujer estupenda.

—Reflexione, señor Raglan. La vida es bella, usted lo sabe. El amor de una muchacha como yo es muy agradable, pero también hay otras cosas. Le doy mi palabra de que no nos interesa matarle, siempre y cuando se comporte de modo sensato y acceda a colaborar con nosotros. Quedará libre, me tendrá...

Pérfida como la serpiente del paraíso, pero tan efectiva como un estileta en la nuca, condenada mujer... Raglan estaba ahora tan tirante como si todos sus músculos hubieran sido torsionados mediante cabestrantes; sus haces nerviosos, agarrotados, le enviaban latigazos salvajes a la médula, sudaba sin poderlo evitar, tenía congestionados los pulmones. Lo de menos era el brutal dolor que llenaba su cuerpo.

—¿Qué le parece, señor Raglan? No me negará que...

Y, de repente, se le cortó la voz, se le borró la expresión de gata juguetona cambiándosele a otra de instantánea y total, incrédula sorpresa; luego abrió la boca como para gritar y cayó pesadamente. Entonces los ojos de Raglan descubrieron el dardo clavado exactamente entre los bellos hombros, en el arranque de la espalda, casi en la base del cuello. Parecía uno de esos dardos de juego tan utilizados para lanzarlos contra un blanco, incluso con sus plumitas de colores y todo. Tan bonito... y tan mortífero.

De aquel dardo, la mirada de Raglan fue, derecha, al punto de donde tenía por fuerza que haber partido para poner dramático final a la diversión de su bella enemiga.

Allí había otra sorpresa de grueso calibre. Otra mujer. Y qué mujer...

Si bella era la que ahora él tenía sobre sí, más lo era ésta que se le acercaba velozmente, empuñando una curiosa arma de pequeño tamaño y, por lo visto, de gran efectividad. Alta, esbelta, provista de un busto armónico por demás, sencillamente perfecto, y unas caderas anfóricas; dueña de una espléndida melena cobriza, una boca de pura tentación y un par de enormes ojos fulgurantes, de leona joven, verdes con áureos reflejos. Vestía una blusa camisera color crema; una especie de ajustado chaleco de piel y unos pantalones de corte varonil, ceñidos por un cinturón de la misma

piel del chaleco, con una gran hebilla de fantasía y calzaba una especie de botines. Raglan estaba seguro de no haberla visto jamás, porque una mujer así era inolvidable. ¿De dónde diablos habría salido? Fuera de donde fuese, bien venida.

Ella llegó rápida, silenciosa, a su altura; lo examinó en rápida ojeada y sus magníficos ojos se llenaron de una mezcla de burla, desdén, compasión..., entre otras cosas. Luego le habló con una voz de lo más adecuada a su físico, en tono bajo y claro:

—Me parece que he llegado a tiempo. Lo estaba pasando mal, ¿verdad?

—Terriblemente mal. Es usted mi ángel salvador. ¿Cómo ha podido llegar aquí sin ser descubierta y atrapada? ¿Y quién es, si lo puedo saber, quien la envía?

—Hace demasiadas preguntas. Calle, no tenemos mucho tiempo y menos para conversar.

La voz de su misteriosa salvadora se volvió ligeramente acerada, autoritaria. Una amazona de mucho cuidado, a todas luces. Para que una mujer, por joven y hermosa que fuese, pudiera burlar a la pandilla que le trajo a este edificio tras atraparlo cuando más descuidado se encontraba, llegar hasta aquella habitación donde lo estaban torturando y eliminar a su torturadora, tenía que ser excepcional en algo más que en el físico.

Ella, desde luego, actuaba como una experta. Asió a la otra muchacha y la dejó caer sobre el piso, boca arriba, echándole de paso una ojeada especulativa.

—Es guapa de veras.

—Ya está muerta, la pobre...

Los ojos de leona miráronle fugazmente, de soslayo.

—No lo está. Despertará dentro de un par de horas.

Era un alivio. Raglan vio cómo su salvadora se guardaba el dardo que le acababa de arrancar de la espalda a la otra, antes de echarla al suelo. Luego sacó un estilete automático y fue cortando, veloz y segura la mano, las ligaduras de Raglan.

Cuando él se vio libre levantóse y se tambaleó, sin poder evitarlo, al tiempo que le daba un ligero vahído. Ella estaba contemplándolo con la misma mirada especulativa.

—Póngase los pantalones y la camisa —dijo—. Al menos han tenido el buen gusto de dejarle los calzoncillos.

—Supongo que lo contrario habría ofendido mucho su pudor.

—Más bien mi sentido de la estética.

—¿No le gustamos los hombres?

—Algunos, sí. Los fanfarrones que presumen de su virilidad me hacen reír y también me repugnan un poco. Pero no vine a discutir con usted de sexología y erotismo. ¿Cree que podrá moverse con la suficiente agilidad?

—Póngame a prueba.

—Parece mareado.

—¿Cómo estaría usted después de dos horas amarrado a esa silla de tortura y soportando...? Pero claro, usted es una vigorosa amazona; una experiencia como la mía probablemente la iba a dejar helada.

—Me habría hecho vomitar. No soy una lesbiana.

—Diablos, con usted no se puede. Y aún no me dijo quién la envió, ni cómo pudo llegar hasta aquí.

—A su tiempo lo sabrá. Vamos. Tome, pero no lo use si no es imprescindible.

El acababa de embutirse a toda prisa camisa y pantalones, que sus raptos habían tirado sobre una butaca, junto con el resto de sus prendas, al desnudarlo para someterlo a tan refinada tortura. Habían sido tres, y muy expeditivos; pero luego de amarrarlo a conciencia dejáronle solo con la buena moza de satánicas habilidades, que ahora yacía en muy sugestiva postura en tierra. Mientras se embutía trabajosamente los zapatos, aún envarado, dolorido y torpón, no pudo evitar el mirarla y pensar cuán distinto le habría gustado que fuera el *tete a tete* entre ambos. Casi le cogió por sorpresa la amazona que acababa de libertarlo, al lanzarle una espléndida «Fatsuoka Especial», calibre 9 corto, una de esas maravillas con que la industria japonesa corrige y mejora las patentes europeas y norteamericanas.

—¡Cuidado! —Gruñó evitando por milímetros que se le escapara y fuese al suelo, para lo cual debió realizar un movimiento bastante ridículo. Ella ni siquiera se rió.

—Olvídese de los encantos físicos de su torturadora; tiempo tendrá para esos juegos cuando salga, si sale, de esto. Vamos.

»Evidentemente, las mujeres que andaban metidas en aquel asunto tenían una idea muy especial del erotismo —pensó Roy Raglan mientras seguía, aún no muy recuperado, a la espléndida amazona

que lo acababa de salvar y que había vuelto a empuñar aquella especie de pistola-cerbatana de diseño especial. Ella no le estaba prestando ahora demasiada atención; se movía con la sinuosa y fascinante agilidad de una pantera que va de caza. Raglan quitó el seguro a la «Fatsuoka» y se sintió bastante más reconfortado sintiéndola en su mano. Como se tropezara con alguno de aquellos tres que lo cazaron de manera tan tonta, iban a saber cómo las gastaba cuando estaba enfadado de veras.

Encontraron a los tres, pero no tuvo oportunidad de hacerles nada pues estaban tan dormidos como la muchacha. Dos en la habitación, especie de oficina, que había antes de llegar a aquella donde a él lo metieron y dejaron, inerte, con aquella estupenda bruja rubia. Uno había caído de bruces, cuando al parecer tomaba un trago; el otro de costado, cuando casi había extraído su pistola..., aunque no la llevaba en la mano.

—No me esperaban —fue todo el frío comentario de la leona de ojos dorados—. No les di tiempo a reaccionar.

—Esos dardos parecen ser un arma muy efectiva. Nunca antes vi nada parecido a su pistola.

Ella no le hizo más caso que si fuese un loro parlero. En el pasillo exterior, el tercero de los captores de Raglan estaba sentado contra la pared, con una expresión estúpida y caído hacia la derecha, desmadejado.

—¿También sorprendido?

—Imagínese.

Aquél era uno de esos edificios de oficinas y despachos, muy modernos y funcionales, que ahora abundan en todas las grandes ciudades y donde desde el sábado a mediodía hasta el lunes, no hay nadie, salvo tal vez un conserje o guardián. Como quiera que era el anochecer de un sábado, aquello estaba tan silencioso como un cementerio de pueblo.

Silencioso, pero no vacío. Estaban llegando a los ascensores cuando oyeron subir a uno. A sus espaldas tenían una docena larga de metros de pasillo recto y sin ninguna clase de refugio, al que daban puertas cerradas. Delante, otros seis u ocho metros de pasillo hasta el rellano de los ascensores.

—¡Rápido, atrás!

Raglan no se hizo de rogar. Pero entonces comprendió que las horas

pasadas amarrado a aquella silla de tortura, y la propia tortura, le habían aflojado los músculos más de lo que imaginó. La leona se le anticipó velozmente en su carrera hacia la esquina del pasillo.

A su espalda sonó una ruda interjección. Raglan aún estaba a cuatro metros, acaso menos, de la esquina; la muchacha alcanzándola. Miró atrás y vio a dos tipos jóvenes, no demasiado, que acababan de salir del ascensor y ya estaban empuñando magníficas automáticas provistas de silenciadores.

Su reacción fue instintiva; tirarse al suelo como un buceador que se lanza al agua. Oyó el ominoso silbido de los proyectiles, pero no los disparos. Le pasaron muy cerca.

El peligro le había despejado del todo el cerebro, devolviéndole casi su normal agilidad. Apenas tocó el suelo giró como un gato, pistola en mano, vio que aquel par estaban procurando acertarle mejor y apretó el gatillo.

El estampido le resonó fuerte, como un ladrido seco, en los oídos. El que estaba hacia su izquierda se estiró con violencia, hizo una pirueta rara y se cayó contra la pared, fallándole su segundo disparo. Pero el otro le acertó.

Roy Raglan sintió el impacto como un mordisco de lobo en la parte alta y carnosa del brazo izquierdo, pero eso fue todo. Un instante después, aquel individuo trastabillaba como un borracho, soltaba la pistola y se caía como un saco de patatas, al suelo.

La amazona de cabello cobrizo llegó a su lado cuando Raglan se sentaba, mirándose el hombro. Ella parecía ligeramente agitada, pero ni pizca de asustada o excitada.

—¿Le dieron?

—Sí, maldita sea. Pero yo he liquidado a uno...

—¡Deme la pistola!

Raglan la miró sin entender. Pero ella se la arrebató de un manotazo, corrió hacia donde acababan de caer aquel par y se movió de uno al otro velozmente, mientras Raglan se ponía en pie y comprobaba que el proyectil sólo le había rasgado el músculo deltoides, abriendo en él un orificio limpio del que salía, eso sí, la sangre en abundancia. Sin embargo, no había manchado el suelo.

Con toda la prisa que pudo sacó del pantalón su pañuelo y se lo aplicó mal que bien. La amazona le llamó con el gesto portando las pistolas de los otros. Miró a su hombro ensangrentado y pareció

malhumorada.

—Ha sido mala suerte. ¿Es grave?

—Sólo un hermoso ojal y mucha sangre. ¿Qué diablos ha hecho?

—No se preocupe. Venga.

Se lo llevó precisamente a los ascensores a toda prisa. Los dos tipos estaban fuera de combate, pero mientras el que él cazó yacía sobre un charco escarlata que iba ensanchándose aprisa bajo su cuerpo, el otro sólo debía estar dormido. Justo tenía en la mano la pistola que poco antes él, Raglan, usó.

Entraron en el ascensor y la muchacha pulsó el botón de bajada al quinto piso. Estaban en el octavo. Luego le miró a los ojos. Y los suyos eran como para olvidarse incluso de un recién recibido balazo.

—Aguante. Y no deje que la sangre manche el ascensor. ¿Le duele mucho?

—Lo puedo soportar. ¿Adónde vamos?

—Hace demasiadas preguntas. Y corre muy poco. Pudimos haber evitado esto si se hubiera movido más veloz.

—Lo lamento mucho. —Raglan había terminado por enfadarse. Aquella magnífica amazona estaba tratándolo como a un novato fallón, cosa que no le gustaba poco ni mucho—. Pero acababa de pasarme varias horas amarrado de mala manera a una silla especialmente diseñada; soy un hombre, no un robot.

Eli pareció humanizarse ante su réplica. Incluso esbozó una leve sonrisa.

—Discúlpeme. Debí tenerlo en cuenta. Pero en este asunto se ha portado como un torpe novato, señor Raglan.

Como era la pura verdad, él se calló.

CAPÍTULO II

El quinto piso era idéntico en todo al octavo. Ellos entraron en una pequeña oficina al fondo de un pasillo en el ala opuesta del edificio. Una vez allí, la amazona le condujo a una vulgar butaca de plástico, mandándole sentarse.

—No puede salir a la calle en ese estado. Quítese la camisa.

—¿No será mejor salir corriendo? Habrán oído el disparo...

—Lo dudo. Pero aunque así sea, tenemos tiempo suficiente. Desde luego, habría sido mucho mejor que no llegaran éstos de modo tan inoportuno, pero ya está hecho. Hum... Sí, sólo es una herida poco importante.

Hablaba como actuaba; serena, eficiente, tajante, ni más ni menos que lo haría una de esas secretarias de dirección de película o una de esas enfermeras veteranas. Raglan se dijo que debía tener la sangre congelada, achaque por otra parte muy habitual en las modernas beldades llenas de energía y agresividad. Lástima, porque era como para arder en el más grato de los fuegos. Pero nadie es perfecto en este perro mundo, qué se le iba a hacer.

A todas luces ella se había preparado para cualquier contingencia. Aquél debía ser el lugar de donde salió para su excursión al octavo piso, tan grata en lo tocante a Raglan. Ahora sacó de un archivador un pequeño, pero completo botiquín de primeros auxilios y rápidamente, con notoria maestría, lavó la escandalosa herida, preparó dos tampones de drenaje y los introdujo en ambos orificios, taponando la hemorragia. Luego vendó la herida y el hombro con tanta pericia como habilidad, aunque no se molestó en limpiarle la sangre del torso. Raglan la miraba hacer mientras sus sentidos y su alma de gozador de todo lo bello se impregnaban de su personalísimo perfume; de su espléndida belleza. Pocas veces vio antes un cutis tan limpio, terso y suave; unas pestañas naturales tan largas y espesas; una boca tan femenina y tentadora; unas facciones tan perfectas..., y todo lo demás. Ella no debía remontar mucho los veinticinco años; sus largas y cuidadas manos tenían una suavidad y transmitían un calor muy distintos a los de la torturadora de poco

antes, pero eran no menos, sino incluso más, gratos.

—¿Es enfermera?

—Listo, levántese y vaya a lavarse.

—Me ha vendado como una profesional. Actúa como una experta, dispara con excelente puntería, tiene los ojos más bellos del mundo y una boca de pura tentación. Pero debe tener hielo en la sangre.

Ella lo miró de reojo. Una mirada vacía, irónica, desdeñosa.

—Genio y figura... —dijo, también con retintín—. Dese prisa, Casanova, o no podrá galantear a otras mujeres.

Tal como estaba el juego, aquello podía desde luego ocurrir. Raglan obedeció y se limpió de sangre la mano y el antebrazo izquierdos; también el torso, cuidadosa pero rápidamente, secándose con una toalla vulgar que había allí. Cuando volvió a la pequeña oficina, encontró un vaso de agua casi lleno de excelente licor, una camisa y una chaqueta.

—Puede que no estén a su medida, pero tampoco importa demasiado. Bébase el *whisky*, le tonificará.

—Usted no ha olvidado nada, ¿verdad?

—Olvidé que existen los imponderables —fue la ambigua respuesta de ella, ya con la camisa en la mano. Se la vistió sin demasiadas complacencias, pero sin buscar causarle daño adrede, mientras Raglan se dejaba hacer. Luego lo ayudó a ponerse la americana, que le venía algo corta de mangas y también holgada.

—Mejor, así podrá ocultar la pistola.

Había debido ocultar una de las pistolas con silenciador y su arma especial lanzadardos, en alguna parte de la oficina, pero no contestó tampoco a la pregunta de Raglan.

—Ya hemos perdido demasiado tiempo, hay que apresurarse. Venga.

Se llevaba la ensangrentada camisa de él y todo el material de curas manchado, en una de esas bolsas tan vulgares, que todo el mundo usa para transportar cualquier cosa, desde ropa a patatas. Raglan, tonificado en efecto por la ingestión del licor y propietario de una estupenda «Beretta» provista de silenciador, metida entre pantalón y camisa al lado izquierdo, decidió que, en efecto, le convenía dejar las preguntas para más adelante. No estaba el horno para bollos.

—Al menos supongo que tendrá un nombre y que será adecuado a su físico, a su personalidad.

—Puede llamarme Olga.

—Olga. Perfecto, Pero no es rusa... Aunque tal vez sí eslava.

Ella no le hizo ningún caso, ni varió su fría serenidad. Le hizo salir de aquel despacho y seguirla a la escalera de servicio, que estaba cerca. Allí, luego de aguzar el oído, sacó del bolso el arma lanza dardos y le mandó empuñar la automática.

—¿Cree que nos estén esperando?

—Ya les conoce. Vamos.

Por lo visto nadie les esperaba, pues nadie les atacó. El edificio estaba sumido en completo silencio y apenas si se veía algo en su interior. Los mil y un ruidos callejeros llegábanles amortiguados. Alcanzaron la planta baja y Olga se encaminó hacia la parte trasera del edificio. A todas luces conocía muy bien el terreno; no vaciló ni una sola vez.

Y finalmente Roy Raglan respiró el húmedo y fresco aire de la calle, cosa que tan sólo una hora antes dudaba mucho pudiera volver a hacer.

Estaban en un callejón de esos que en todas partes no se sabe muy bien por qué, suele haber a espaldas de los grandes y modernos edificios. Normalmente no había mucho movimiento en aquél, pero en el anochecer neblinoso del sábado su silencio y soledad eran absolutos. También estaba muy escasamente iluminado.

—Vamos. Por aquí.

Salieron sin novedad a una calle vulgar y transitada. Ella, entonces, se le cogió precisamente del brazo izquierdo, pero de tal modo que en realidad se lo sostenía como un cabestrillo, aliviándole el agudo dolor de la herida. Así daban la impresión de una pareja como tantas otras; él tenía libre la diestra para echar mano a la pistola en caso de necesidad.

No caminaron mucho de todos modos. Anduvieron hasta la primera esquina y la calle transversal; luego unos veinte pasos por ella. Allí había un sólido, severo y nada llamativo automóvil con algunos años de servicio encima. Un hombre al parecer joven se encontraba sentado al volante, fumando apaciblemente. Aquel tipo llevaba lentes de tecnócrata e iba vestido como un tecnócrata, o sea que se parecía a otro medio millón de tipos idénticos en casi todo. Puso en marcha el vehículo al verles doblar la esquina, y eso fue todo lo que hizo.

Olga ordenó a Raglan que abriera la portezuela trasera y entrase, cosa que él hizo sin rechistar, pues allí dentro no había nadie salvo el conductor. Ella entró de inmediato y se acomodó a su lado, tirando al asiento delantero la bolsa que traía en la mano.

—Vámonos —ordenó, clara y seca. El conductor no dijo palabra y sacó el coche a la calzada cuidadosamente. Raglan se acomodó mejor en el asiento, miró a su bella salvadora y se dispuso a darle las gracias.

No pudo. Sencillamente se le cortaron las palabras y la sonrisa al descubrir la pistolita de forma también rara que ella empuñaba con firmeza y le estaba apuntando al pecho. Antes de que pudiera reaccionar, le disparó.

Raglan sintió la picada del dardo en la base del cuello, exactamente por encima del vendaje. Ni siquiera tuvo tiempo para comprender por qué aquella hermosa mujer se había tomado tantos riesgos y molestias para sacarle de las manos de sus captores si, a la posare, quería liquidarlo. Porque para llevárselo prisionero, la verdad no hacía falta...

Luego se le hizo de noche y ya no supo más.

CAPÍTULO III

Por lo menos, esta gente no lo había amarrado, cosa que era de agradecer.

Se despertó como amodorrado, febril, pero bastante normal. Lo primero que descubrió fue que se encontraba echado en una cama no muy dura, en una habitación absolutamente impersonal iluminada por una lámpara de flexo vulgar, antigua, de oficina. Olía ligeramente a humedad y a col fermentada; no llegaban ruidos exteriores.

Luego advirtió que no se encontraba solo en la habitación.

Uno de los hombres era negro, de un brillante tono achocolatado. El otro, más bien blanco, aunque acusadamente meridional. Estaban jugando a los naipes, fumando y bebiendo, a un lado del cuarto, bajo la luz del flexo. Jugaban sin pronunciar palabra, pero realizando curiosas mímicas con manos y boca. Estaban en mangas de camisa y llevaban excelentes pistolas en fundas sobaqueras; el negro también ostentaba una navaja de afeitar en una funda especial atada a la muñeca derecha. A un lado veíanse restos de la cena que, sin duda, habían consumido.

Raglan no hizo por revelarles que acababa de volver en sí. Resultaba siempre aleccionador el estudiar a los tipos que le atrapaban antes de que pudieran meterse a fondo con uno; eso lo aprendió muchos años atrás. Movi6 la cabeza como si siguiera dormido.

Dejaron inmediatamente de jugar y mir6ronle con atención. El blanco se levant6 y se le acerc6 con los naipes en la mano, pero el negro estaba tambi6n muy alerta. El primero examin6 a Raglan ech6ndole a la cara una mezcla de olor a col cocida y ajos picados, vino y salchichas, que resultaba casi letal; luego se volvi6 al negro, le hizo una serie de indicaciones r6pidas con las manos y el negro se levant6 a su vez. Aquel par parecían ser mudos, pero no sordos. Curiosos guardianes.

Mientras el negro se quedaba alerta, vigil6ndole, el blanco se acerc6 a una de las paredes y puls6 un bot6n, a juzgar por su gesto. Luego

se quedó también mirando a Raglan, que decidió que no merecía la pena de seguir fingiendo inconsciencia, pues aquel par no se habían tragado su añagaza. Así, abrió los ojos y los saludó con ironía:

—Hola, hermosos...

Semejaban gárgolas, por lo expresivos. Raglan tampoco insistió; sabía que le esperaba una visita más importante y tenía curiosidad por saber quién era.

No tardó en enterarse. La puerta abrióse dando paso primero a la espléndida leona de melena cobriza, que ahora vestía un elegante traje de cóctel verde, sujeto al hombro izquierdo y ciñéndole apretadamente el rotundo busto de absoluta perfección. Estaba sencillamente arrolladora; su mirada felina le buscó la cara y Raglan creyó advertir en ella algo semejante al interés. ¿Sería producto de la fiebre que le estaba provocando la herida?, pensó, pero por si acaso, le hizo un gesto amistoso de saludo con la diestra, atento al hombre que venía tras ella.

Alto, elegante, de mediana edad, cabello gris cortado exquisitamente en discreta melena, que le daba un acusado aire intelectual, reforzado por unos lentes de montura sin duda diseñada ex profeso; uno de esos hombres que enseguida hacen sentir la impresión de que están desde siempre habituados a mandar y ser obedecidos, además era tan expresivo como una pared recién encalada. Hizo un par de leves y secos gestos con la cabeza y los dos guardianes mudos se apresuraron a salir, dejándoles solos.

—Hola, Olga. Está sencillamente fascinadora. ¿No me presenta a su amigo?

Esta vez si notó el destello admirativo en las pupilas femeninas. Pero cortés, cortante y calmoso, con un matizado desdén muy persuasivo:

—No necesita conocer mi nombre, Raglan. Bástele saber que está en mi poder.

—Eso parece demasiado evidente, pero en mi estado no hacía falta dardearme para hacerme venir a este lugar.

—Su herida fue un accidente inesperado. No me interesaba que supiera adónde se le conducía y, por otra parte, a pesar de la facilidad con que lo capturaron esta tarde, mis informes acerca de usted me lo presentaban como extremadamente astuto, peligroso, audaz y lleno de recursos.

—La gente es muy exagerada.

—Tal vez. ¿Cómo se encuentra?

—Acostado y repleto de curiosidad.

Su insolencia no hizo variar un ápice las expresiones de aquella nada común pareja, que había venido a colocarse a los pies del lecho, pero a ambos lados, de modo que, si uno atraía su atención, el otro pudiera observar sus reacciones a placer.

—No me refería a eso, sino a su estado general.

—Ah, eso... Es usted muy amable. Bien, me duele lo suyo el agujero del hombro y tengo algo de fiebre; pero no me siento demasiado mal.

—Me alegre.

El caballero sacó una pitillera de piel de serpiente y la abrió, ofreciéndole a la mujer, que tomó un cigarrillo con un ademán absolutamente adorable, pura eutritmia. Luego se puso otro en los labios, se guardó la pitillera, sacó una joya de oro puro y prendió fuego al cigarrillo de ella, haciéndolo acto seguido con el suyo. Irónico, Raglan le avisó:

—Yo también fumo.

—No le conviene. Aún tiene en el cuerpo restos de la droga y podría provocarle un colapso cardíaco al entrar en contacto con el humo del tabaco.

—Diablos, eso suena a tremebundo...

—Sólo le hago una amistosa observación. A decir verdad no siento ningún deseo de provocar su muerte, Raglan. Ya ve que lo he salvado de sus secuestradores.

—Para secuestrarme aquí a su vez. ¿Debo darle las gracias o simplemente esperar los acontecimientos?

El misterioso y elegante individuo dio un par de largas chupadas a su cigarrillo antes de contestarle. No le quitaba ojo, ni tampoco Olga, que fumaba con exquisita naturalidad. De repente, a Raglan le entraron unas rabiosas ganas de fumar.

—Usted es un bribón, Raglan. De cierta categoría, pero bribón al fin y al cabo. Conozco su currículum desde que lo expulsaron de Sandhurst a los dieciocho años.

—Yo aún sufría el sarpullido romántico de la adolescencia. A decir verdad hice un papel bastante tonto en aquella ocasión.

—Desde entonces ha vivido a salto de mata siendo la oveja negra de

la familia. Les saca dinero a las mujeres...

—Sólo a algunas que tienen demasiado. También se lo suelo sacar a los hombres y le garantizo que no soy un invertido.

—Ya le he dicho que sé muy bien lo que es. Un pillo inteligente y osado, cínico, insolente, simpático...

—Gracias...

—... Mujeriego, pendenciero, amoral...

—Protesto. Tengo mi propia moral, eso es todo.

—... Inmoral, anarquista, trapacero, embaucador, valiente, duro, escurridizo y con una gran suerte, que hasta ahora lo ha mantenido vivo y lo ha salvado de pasar en presidio el resto de sus días. Por eso hace poco se le ha encargado de una tarea, que, en buena lógica, nunca habría sido confiada a un tipo de su clase. Y por eso está aquí.

—Lo suponía.

—Voy a proponerle un trato, Raglan. Dígame dónde están esos documentos y le garantizo la libertad, la vida, cincuenta mil dólares a su nombre donde prefiera tenerlos y una perfecta coartada ante quienes le encargaron esa misión.

Aquella oferta, Raglan se la esperaba. Sonrió. Y miró a la mujer.

—Su amigo es generoso, Olga. ¿Qué más ofrecería usted?

—Ella no tiene...

—Yo no hago tratos con hombres de su clase, Raglan.

—Lástima. Porque sólo haré trato con usted. Y ya se imagina lo que voy a pedir.

Ella dejó asomar a sus ojos un centelleo de iracundo desprecio. Inmediatamente lo cambió a una especulativa mirada y, luego, a una sonrisa de lo más femenina.

—Sé que está faroleando, Raglan. Y lo voy a probar. Díganos lo que nos interesa y... ¡quién sabe!

—¡Olga! —protestó su acompañante.

—¡Un momento! ¡Veamos qué barbaridad quiere proponernos!

Latía un acerado desprecio; también una insoportable provocación en su cálida voz mientras sus ojos auriverdes destellaban como gemas heridas por el sol. Raglan se dijo que en su vida había tropezado mujer igual. Y no era hombre para soportar aquel desprecio ni eludir aquella provocación.

—Yo no cometería nunca la estupidez que está imaginando, Olga —

dijo suavemente, sosteniéndole la mirada—. Mi precio por darles lo que buscan es su palabra de honor de que una vez haya cumplido mi parte del convenio usted, automáticamente y con todos los requisitos legales, a la luz del día, ante los testigos adecuados, se convertirá en mi esposa.

Touché. Eso sí que ella no se lo esperaba; sus ojos se lo dijeron en el breve espacio de tiempo que perdió el dominio de sí. Después se llenaron de algo ciertamente indefinible, pero que golpeó duro el pecho y las sienes de Raglan.

—Insolente... —dijo, con un tono de voz repleto de matices—. Insolente, truhán.

Raglan esbozó una sonrisa complacida, pero que desmentían sus ojos.

—Bribón, truhán, granuja, sólo son adjetivos, palabras. Y tengo la piel demasiado curtida para que me hagan daño, incluso pronunciándolas usted con ese acento y esa mirada suyos, que le aseguro les dan todo su valor peyorativo. Ha dicho que faroleaba y lo iba a probar. Pruébelo. Prométame, sólo prométame, delante de su amigo que se casará conmigo abiertamente en cuanto les haya entregado lo que buscan y lo tendrán. Será una estupidez, pero siento que si lo promete lo cumplirá, aunque se hunda el mundo.

—¡Por eso no lo...! —la había descontrolado. Pero sólo fue una breve debilidad. Sobre la marcha, ella recuperó su autodomínio, sólo que ahora sus ojos le miraban con el alma de Circe y Medea detrás—. Faroleaba porque sabe que es el único precio que no estamos dispuestos a pagar. Hay límites para todo, señor Raglan.

—No acabo de entenderla. Antes insinuó que escucharía cualquier proposición...

—Es sencillo, aunque lógico que usted no lo entienda. Para aceptarle como esposo tendría antes que haberse ganado mi respeto, mi amor, mi lealtad. ¿De veras usted se cree capaz de conseguirlos?

Esta vez fue ella quien acertó la estocada. Raglan sintió su desprecio en todos los puntos más sensibles de su ser, como si la voz incomparable de ella hubiera golpeado una serie de conmutadores eléctricos provocándole crueles, intolerables e instantáneas reacciones. No pudo evitar que le saliera al rostro, a los ojos, y tuvo la certeza de que Olga lo había notado.

—Seguro que no, princesa —dijo, dando a su respuesta un tono acerado, agresivo—. Soy sólo un maldito bribón habituado a otra clase de hembras. Pero es posible que usted tampoco sepa mucho de bribones. Me han ofrecido un trato, yo he puesto mi precio, tómelo o déjelo.

Ella respiró hondo, despacio, sin quitar ojo. Era difícil saber qué pensamientos llenaban su cabeza, qué sensaciones la embargaban. Fumó, se envolvió en humo; luego le dijo fría y suave, incisiva:

—Peor para usted. Tenemos medios de quebrantar su voluntad.

—No irá a imitar a la amiga que dejó fuera de combate...

En súbita reacción, Olga dio dos pasos adelante, alargó la mano y le atizó tal bofetada que no parecía capaz de venir de su mano; lo aturdió y le partió la boca haciéndola sangrar.

—¡Olga! —El caballero no había intervenido durante los últimos minutos, muy atento, también y muy interesado, en aquel duelo verbal. Ahora pareció reprender, asombrado, a la joven, que reaccionó dando un paso atrás. Respiraba agitada, le ardían los ojos de violenta cólera y su magnífica boca se había crispado en un leve rictus a la vez dolido y cruel.

—Soy una estúpida —dijo con una nota ronca en la voz—. Lo siento, pero este hombre...

Dio bruscamente vuelta, se fue a la puerta, la abrió y salió, cerrando de un portazo.

Raglan estaba más aturdido por la reacción de la muchacha que por la bofetada. Se fregoteó delicadamente la parte izquierda de la cara, que le ardía, mientras le lagrimeaba un ojo dolorido al metérsele encima uno de los dedos de ella con total violencia y de paso se limpió con la lengua los cortes en ambos labios.

—Tiene la mano dura de veras, diablos... —murmuró mirando al ceñudo y especulativo caballero.

—Usted ha sabido ofenderla, Raglan. No creo que ningún otro hombre, o mujer, se haya atrevido jamás a comparar a Olga con una mujerzuela.

—¿Yo lo hice?

—Sabe que sí. Y me pregunto por qué. También quisiera saber sus razones para proponerle ese extraño trato. ¿De veras lo cumpliría?

—Ahora más que nunca.

Se miraron fijamente, en silencio. Luego el caballero habló suave,

pensativo, ominoso también:

—Es ciertamente muy astuto, Raglan. Voy a darle veinticuatro horas para que reflexione y acepte las condiciones que le ofrezco. Si persiste en su actitud me obligará a utilizar medios que no me resultan agradables. Quiero tener en mis manos esos documentos cuanto antes y los voy a tener. Créame, los tendré con o sin su ayuda; ella solamente me facilitaría las cosas. Para usted el dilema es seguir viviendo como hasta hoy o llevar una vida vegetal, con su cerebro destruido y su sistema nervioso desquiciado. Le aseguro que no es agradable.

No, vaya que no lo era. Raglan sintió un desagradable escalofrío en la espalda. Sabía a lo que se estaba refiriendo el otro.

CAPÍTULO IV

«No cuente con ninguna ayuda nuestra, Raglan, porque es esencial para el éxito de esta misión el que en ningún momento se la prestemos. Aunque pudiéramos hacerlo, aunque supiéramos que íbamos a salvarlo de morir...». Lo había dicho claramente *sir* Charles y él aceptó las condiciones, incluso aquella certeza de que debería jugar exclusivamente la partida con sus propios medios, le llevó a aceptar el encarguito...

Ahora estaba sufriendo las consecuencias.

«Siempre has tenido la suerte de cara, Roy. Confiamos en que siga favoreciéndote, por eso estás aquí».

Lo había dicho su tío Archibald, con el misino tono que en sus buenos tiempos debía emplear para lanzar sus tanques al asalto. Y él se sonrió, fanfarrón, seguro de que, en efecto, la suerte, como símbolo femenino que era, continuaría siéndole fiel.

Idiota... Y él presumía de conocer a las mujeres. Debió calcular que ninguna mujer es siempre constante, ni mucho menos, en sus amores, aunque otra cosa afirmen ellas y lo proclamen esa fauna de embusteros que son los novelistas y los poetas. Su famosa buena suerte lo había dejado en la estacada cuando más la necesitaba, ésa era la verdad; y la suerte se comportaba exactamente con él igual que cualquier fémina.

«Pase lo que pase, contamos con que no revelarás una palabra de cuanto se le ha confiado...».

Juró que así sería. Y estaba archiconvencido de no hacerlo. Maldito imbécil, de no ser tan fatuo, ahora podría estar corriendo el Grand Prix de Monza para aficionados, o cazando en Namibia, o bañándose en Ibiza con cualquier complaciente beldad.

Bañándose no, maldita fuera el agua.

Plan... Plan... Plan... Una cada segundo, matemáticamente, justo en mitad de su frente, sobre el arranque de la nariz. Plan... Plan... Plan... No podía abrir los ojos porque los tenía llenos de agua, pero también porque aquel demoníaco golpear contra su frente estaba enloqueciéndolo de dolor.

¿Cuánto tiempo llevaba así? ¿Un siglo? Se lo parecía, pero la razón, su vacilante razón, decíale que mucho, muchísimo menos. Tal vez sólo unas cuantas horas; quizá no más de veinte o treinta.

Veinte o treinta... Sesenta gotas por minuto, tres mil seiscientas cada hora, cien mil o más desde que la tortura comenzó. Y todas cayendo exactamente encima del arranque de la nariz, sin desviarse un maldito milímetro. Le parecía tener horadado el cráneo y que cada una de aquellas gotas se metía hasta la médula, volviéndose allí diez mil campanadas de acero cuyos badajos golpearan al mismo tiempo.

Estaba atado a una simple mesa de quirófano absolutamente inmovilizado, sobre todo la cabeza, por abrazaderas de plástico que se la sujetaban por los costados impidiéndole moverla ni un milímetro. Sometido a un antiquísimo y eficazísimo tormento de pura artesanía, barato como pocos. Ni siquiera requería verdugo, sólo un vulgar recipiente de cristal situado a un metro sobre su cabeza, lleno de maldita agua de grifo que salía gota a gota, gota a gota... Plaf... Plaf... Plaf...

Primero había sido una broma. Pronto dejó de serlo. Ahora era la más insoportable de las torturas y si no se la quitaban de encima iba a volverse loco a pesar de sus desesperados esfuerzos para evitarlo. Más de cien mil gotas de maldita agua de grifo pegándole matemáticamente, incensantemente, en mitad de la frente, sin desviarse ni un milímetro.

Allí hubiera querido ver al maldito *sir* Charles, y al maldito tío Archibald, y a todos los malditos santones del Foreign Office que lo metieron en este fregado. Pero ellos estarían confortablemente repantigados en sus cómodos sillones, saboreando excelentes tabacos y licores, o practicando el golf, o el *cricket* o cotilleando en cualquier recepción oficial, acaso preguntándose por dónde andaría un tal Roy Raglan y si a la postre hicieron lo debido confiándole una tarea de tanta responsabilidad, malditos fueran.

Volvía a desvariar. Y como la cosa siguiera así, no tardaría en cumplirse la profecía de aquel maldito tipo, tan parecido a *sir* Charles; el amigo y patrón... o lo que fuese, de ella.

Ella... No había vuelto a verla desde que le sacudió la bofetada. ¿Cuánto hacía de aquello? ¿Un siglo? Pero ella no podía dejarlo, volverse loco aquí, amarrado como res destinada al sacrificio, en

este sótano, o quirófano, o lo que fuera, donde nadie había entrado desde que lo pusieron sobre la mesa y comenzó el suplicio. Ella debía saber que estaba enamorado, que se enamoró sin siquiera advertirlo.

Sí que estaba desvariando y mucho. ¿Enamorado él? ¿Desde cuándo? Las mujeres sólo eran buenas para divertirse; pero lo mejor que un hombre podía hacer con ellas era amarlas y dejarlas; darles la suficiente experiencia para que pudieran luego hacer desgraciado..., o feliz, a un tonto. El amor era algo muy concreto, nada tenía que ver con las garrambainas literarias; todo lo más, dejaba un grato recuerdo y a volar.

No con Olga. Por algo le dijo aquello, le hizo la propuesta. Y ella le demostró que no erró en sus cálculos al reaccionar como lo hizo. Su amor, su respeto, su fidelidad... Sería sin duda magnífico. Y también muy incómodo. ¿Cuándo pudo él aguantar a una mujer más de tres semanas? Nunca. Pero a Olga le propuso matrimonio. Claro que sabía que ella no iba a aceptar, no podía. «Insolente, truhán», le había llamado; y se lo llamó de un modo que le encendió la sangre. Pero la había tocado en lo vivo; sus ojos se lo dijeron. Como cuando luego le golpeó ella a su vez. «Respeto, amor, lealtad...». Sí, estaba enamorado. ¿Por qué no? Ella le era a todas luces inaccesible; lo consideraba un maldito bribón, indigno de todo. ¿Para qué querría ella los documentos? Seguro que era el otro, su amigo. Debían ser parientes o algo así. Ella era desconcertante. Cuando lo libró de las garras de la otra pandilla actuó sola, sin fallos ni vacilaciones, como una aventurera profesional. Pero no era una aventurera, o nunca él trató con aventureras. Era otra cosa.

Pam... Pam... Pam... Iba a gritar, no aguantaba más. Al infierno con todo; les diría lo que querían saber. Después de todo, ¿a él qué infiernos le importaba el que se hundiese el mundo, después de haberse vuelto loco?

Aulló. Luego esperó. Oyó abrirse la puerta, pero no podía abrir los ojos, los tenía anegados y sobre todo el insoportable dolor que se los reventaba.

La voz cuidada y fría del que lo sometió a la tortura resonó en sus oídos.

—Bien, Raglan, parece que ya tiene bastante.

—¡Maldita sea, quíteme ese agua de encima!

—Con mucho gusto.

Momentos después las gotas de agua dejaron de golpearle la frente. Fue como si, tras mucho tiempo de estar doblando a muerto todas las campanas de una antigua ciudad, callaran al unísono. Para Raglan quedó un silencio doloroso dentro de su cráneo.

Una mano con un pañuelo o algo así, le enjugó los ojos con cuidado; le separaron las abrazaderas y pudo mover la cabeza. Hacerlo le provocó atroces dolores que casi le hicieron gritar. Lo mismo le pasó al abrir los ojos.

Allí estaba su verdugo. Con otro traje; igual de elegante, frío, impasible y cortés, fumando pausado. Volvieron a entrarle a Raglan unas locas ansias de fumar.

—Me complace que haya decidido mostrarse sensato. Aún está a tiempo.

—Como salga de ésta y vuelva a tropezármelo, le prometo...

—Déjese de tontas amenazas. Usted nunca podría causarme daño, ni aún gozando de absoluta libertad. ¿Va a darme la información que necesito, o qué?

—¿A cambio de qué?

—De no volver a amarrarle la cabeza ahí mismo y dejar que el agua siga su tarea.

—Es usted un maldito hijo de perra, señor misterioso. ¿A que no se lo ha dicho nunca nadie?

—No tan crudamente. Y no se lo voy a tomar en cuenta, haciéndome cargo de su estado mental. Al grano. ¿Dónde están esos documentos y cómo se proponía recogerlos, escamotearlos y entregárselos a quienes le contrataron para eso?

La alternativa era volver al goteo. No, ya tenía suficiente.

Cuando hubo terminado, aquel hombre tenía otra actitud.

—Espero que me haya dicho la verdad. De lo contrario, usted será el máximo perdedor.

—Le he dicho la verdad pura, maldita sea. ¿Es que me va a retener aquí amarrado? Estoy hecho trizas.

—Eso parece.

El hombre hizo una seña; aparecieron el par de guardianes mudos, soltaron las ligaduras que sujetaban a Raglan y lo cogieron, trasladándolo a una camilla de ruedas; luego le pusieron encima una sábana. Acto seguido el europeo le puso una inyección. Raglan

creyó al pronto que para dormirlo, pero no fue así, sino que sintió casi enseguida un evidente alivio en el cerebro. Con todo, estaba hecho cisco, incapaz de levantar un dedo.

Lo sacaron de aquella cámara de tortura y le llevaron a una habitación que le confirmó su primitiva idea. Lo tenían en una clínica o un sanatorio. Dónde, ya era más difícil saberlo, así como si todo el personal de aquel establecimiento formaba parte del equipo de su torturador.

Por un corto y aséptico pasillo le llevaron a un montacargas típico de clínicas y hospitales. No subieron mucho: un par de plantas, luego lo sacaron y le hicieron avanzar por otro pasillo no menos aséptico e impersonal. Un silencio absoluto llenaba el edificio; debía ser de noche.

Por fin lo metieron en la misma habitación donde despertó tras haber sido liberado, y después narcotizado por Olga.

Tomándolo de la camilla como si fuese un inválido, lo echaron en la cama, lo cubrieron con el embozo y el blanco se quedó vigilándolo mientras el negro se llevaba la camilla. Había terminado la tortura; ahora podría dormir.

Estaba tan agotado que se durmió, en efecto, pesadamente, casi sin advertirlo.

Cuando despertó se vio envuelto en silencio. Aún le dolía mucho la cabeza y al pronto creyó que las malditas gotas de agua continuaban golpeándole en mitad de la frente. Se llevó la mano allí, comprobó su equivocación, abrió los ojos y descubrió al negro, repantigado en la butaca, con una revista ilustrada infantil en las manos y masticando caramelos, o chicle. Le miraba fijamente, pero ni se levantó ni hizo nada.

De todos modos Raglan constató enseguida que su debilidad física era desoladora. Desnudo, con el hombro atravesado por un proyectil y el brazo izquierdo inutilizado, la cabeza doliéndole y dándole vueltas, hasta un niño habría podido dominarlo.

Además, estaba hambriento. Lo dijo y se asustó del sonido de su propia voz.

El negro se levantó y fue a pulsar aquel botón de aviso; luego retomó a su asiento tranquilamente.

A los pocos minutos entró el blanco, miró a Raglan, intercambió muecas y señas con su compañero y se volvió a marchar.

No tardó en estar de regreso. Y no venía solo.

La única cosa agradable hasta ahora en todo aquel maldito negocio en que estaba metido eran las mujeres. Esta enfermera, o lo que fuese, que le traía comida era un bombón de chocolate y crema. Una negrita preciosa, en una palabra. Cuerpo espléndido, realzado por el uniforme y la cofia blancos, piel de oscura canela, nariz recta, fina, indicadora de ascendientes blancos al igual que la boca, abultada, pero no remangada, y dos ojazos negros destellantes, que miraron a Raglan con fijeza pero sin otra cosa que vulgar interés. Fuera del color de la piel, las facciones eran caucásicas. No era ni siquiera alta.

Le alzó la cama, le puso bien la almohada, le colocó delante la bandeja llena de abundante y sustanciosa comida, amén de una botella de excelente borgoña, y cuando él trató de entablar conversación se mostró tan muda como sus guardianes. Ésta sí era buena, una clínica atendida por mudos.

De todos modos la negrita conocía su oficio y se mostró con él cuidadosa, delicada. Le troceó los alimentos y le ayudó a comérselos, cosa que Raglan hizo como un lobo hambriento. Conforme se le iba llenando el estómago comenzó a sentirse mejor, con más calor en la sangre y más vigor en los músculos. De todos modos, la tortura lo había dejado tremendamente debilitado, eso lo notaba muy bien.

Cuando hubo terminado de comer le pidió a la negrita que lo dejara así, con la cabeza alzada. Igual de silenciosa e impasible, ella le obedeció, llevándose la bandeja con los restos de la comida. Con ella marchó el de su raza, quedándose el blanco de guardia.

Raglan le pidió un cigarrillo. El tipo pareció vacilar, luego sacó un paquete mediado y le tiró un cigarrillo a la cama. Raglan lo tomó y se lo puso en la boca, paladeando con fruición el tabaco. No había fumado desde que la danza comenzó.

Estaba terminándolo cuando regresaron los dos negros. Ahora la enfermerita traía material para curarle la herida, lo dispuso todo con ayuda del de su raza, siempre en total silencio. Era en verdad incómodo, fascinante, verles moverse como espectros. Terminados los preparativos, ella tomó unas largas y afiladas tijeras, se inclinó sobre Raglan y procedió a cortar el vendaje, separando luego diestramente el apósito sobre el orificio de entrada del proyectil.

Raglan vio que la herida estaba en vías de cicatrización. Le sorprendió, aunque enseguida se dijo que tal vez pasó bajo la tortura más tiempo del que había imaginado. Además, eso halagaba su amor propio. Sea como fuere, la negrita desinfectó y limpió magistralmente la herida, poniéndole encima un apósito nuevo que sujetó con esparadrapos. A una indicación suya, entre los dos hombres tomaron y alzaron a Raglan para que pudiera ella curarle el orificio de salida, lo cual dióle nueva prueba de su debilidad, porque se mareó y casi perdió el sentido.

Aún estaba mareado cuando todo se precipitó.

CAPÍTULO V

La negrita había terminado de vendarlo, estaba echado ya, sudando frío por la debilidad y con telarañas en los ojos. La vio alistar cuidadosamente una inyección, presumiblemente para él. El blanco y el negro estaban juntos, al pie de la cama, mirando la operación; el blanco sentado confortablemente, el negro de pie y un poco más atrás. Todo parecía tan normal dentro de la anormalidad de la situación...

Entonces la negrita giró y miró al negro. El negro hizo un rapidísimo movimiento, la navaja barbera cayó de su funda muñequera en su mano e inmediatamente, se abrió. Un momento después el filo de aquella navaja rozaba el gaznate del blanco, que se había quedado rígido tras emitir un corto gruñido a todas luces de sobresalto y miedo, y que no se movió, los ojos dilatados por el aturdimiento, la rabia, el miedo a morir. La negrita, impasible, ágil y sinuosa, se le acercó y le clavó la aguja hipodérmica en la base del cuello, al lado opuesto de donde estaba la navaja de afeitar, luego le inyectó el contenido de la jeringuilla.

Un minuto después, el tipo aquel estaba listo, desmadejado en la butaca.

El negro y la negrita se miraron y sonrieron. Luego él cerró y se guardó la navaja; ella dejó la jeringuilla en la bandeja del instrumental. Ahora Raglan contenía el aliento, no estando demasiado seguro de lo que sus ojos presenciaban.

El negro abrió un armario en la pared.

El moreno, tras sacarlos de ese armario, trajo sus pantalones, la camisa que Olga le diera después de curarle la herida, sus zapatos y unos calcetines, dejándolo todo a los pies de la cama, luego ayudó a Raglan a sentarse, sosteniéndolo. Entonces, Raglan decidió preguntar:

—Oigan, muchachos, ¿qué significa esto? Si es otra faena como...

La negrita le hizo un gracioso gesto para que se callara. Pero inmediatamente le habló en tono bajo:

—Cállese. Y no haga preguntas. Nos jugamos la vida para sacarlo de

aquí.

Era posible. Y Raglan estaba ya habituándose a tener preciosas salvadoras en aquel endemoniado negocio en que estaba metido. Así que se calló. Luego ella le ordenó al negro salir y traer la camilla. Cuando quedaron solos la muchacha habló rápida, en tono bajo, sonriéndole cálidamente:

—Escuche atento y no haga preguntas. Sólo disponemos de veinte minutos para sacarlo de aquí y ponerlo lejos del alcance de quienes lo tienen secuestrado. En cuanto descubran lo sucedido nos van a perseguir de modo encarnizado; si nos atrapan, a mi compañero y a mí nos darán una muerte rápida; usted volverá a sentir las gotas de agua sobre su frente hasta que enloquezca, porque no piensan soltarlo en condiciones de que pueda buscarles y vengarse. Así que sea obediente, llegado el momento sabrá quiénes somos y por qué nos estamos arriesgando para salvarlo.

—Si no me queda otro remedio... Pero podré darte las gracias, ¿verdad?

—Ya me las ha dado. Está muy débil...

—Y no sabe cuánto lo siento. De no ser así procuraría expresarte mi personal reconocimiento de modo mucho más adecuado. Eres preciosa.

Ella se echó a reír.

—Me habían hablado de usted, pero creí que exageraban. Veo que no. Guarde sus escasos arrestos para la huida, señor Raglan, por favor.

Estaba entrando ya el negro, de modo que Raglan consideró prudente callarse.

Lo ayudaron a tenderse en la camilla, lo cubrieron con una sábana, dando la impresión de que estaba siendo llevado al quirófano. La negrita abrió marcha y el negro empujó la camilla.

Era de día, pero, al igual que ocurría con su habitación, las ventanas estaban cerradas; también las puertas. Un silencio total llenaba el edificio. Le llevaron al ascensor, lo metieron en él, lo bajaron tres plantas y salieron al garaje de la clínica, al parecer situado en la planta baja del edificio, o tal vez en el sótano; le llevaron aprisa a una ambulancia pequeña que tenía las puertas traseras abiertas, lo metieron en ella, lo acomodaron, la negrita se quedó con él y el negro salió, cerró las puertas, subió a la cabina del

conductor, puso en marcha el vehículo y lo sacó de allí.

Era de día, un día gris. Estaba lloviendo, pero débilmente; Raglan sintió la lluvia sobre la carrocería del vehículo. Ahora su sensibilidad para las gotas de agua era total. No podía ver por dónde iban ni aún volviendo la cara, porque lo metieron con la cabeza hacia la parte delantera y la negrita se había sentado de tal modo que le impedía mirar por la ventanilla de comunicación. Cobraron rápidamente velocidad.

Ella, sonriendo, sacó tabaco, encendió un cigarrillo, luego se lo puso en la boca.

—Gracias... ¿Cómo te llaméis?

—Amanda.

—Bonito nombre para una preciosa mujer. ¿Adónde vamos?

—A lugar seguro.

—¿Dónde me las veré con otro u otros tipos interesados en conocer el lugar en que se guardan determinados documentos?

—No puedo contestar a esa pregunta.

—¿Y a ésta otra? ¿Quiénes son el que me trajo a ese antro donde he estado y la mujer que me dijo se llamaba Olga?

—De veras, no lo sé.

—¿Esperas que me lo crea?

—Ellos nos contrataron a Emil y a mí, como a los demás, por mediación de un intermediario; naturalmente se guardaron mucho de revelarnos su identidad. El lugar de donde acabamos de sacarle es una pequeña clínica de reposo a cierta distancia de la ciudad, pero estaba cerrada desde hace algún tiempo; perdían dinero y además hubo un problema con las autoridades por causa de ciertas irregularidades con respecto a los internados, de modo que en la actualidad era el único paciente allí...

—¿Y por eso os habéis tomado tantas precauciones? Vamos, Amanda...

—Está bien. Hay otros secuestrados allí dentro. Ellos constituyen una poderosa organización, por lo que sé y le puedo decir. Sabíamos que si lograban capturarlo le llevarían ahí para someterle a tratamiento. Olga, la que conoce con ese nombre, es algo del hombre que le ha obligado a revelarles dónde se ocultan los documentos. Ella es muy peligrosa, tanto como bella y distinguida; debe tener mucho interés personal en esos documentos, pero ignoro

cuál pueda ser. Mis jefes arreglaron todo para que Emil y yo pudiéramos filtrarnos en esa clínica, ya sabe cómo se hace. Querían mudos que no fuesen también sordos; Emil lo es, yo he trabajado en un centro de reeducación de sordomudos y no me resultó difícil hacerme pasar por muda, a causa de una lesión en las cuerdas vocales que sufrí cuando ya era una jovencita.

—¿Por qué habéis esperado a sacarme de ahí cuando ya dije todo lo que sé? No le veo el sentido.

La negrita sonrió de modo muy especial.

—¿De veras no lo imagina?

Raglan se dijo que aquella preciosa negrita sabía mucho más de lo que pensaba contarle; mentía muy bien y no resultaría fácil de embaucar. Bueno, ahora él no estaba en condiciones de jugar a su aire.

—Palabra que ignoro a qué te refieres.

Amanda hizo un mohín muy expresivo.

—Puede ser... Bueno, pues abrigamos, mis jefes las abrigan, serias dudas acerca de que usted dijera la verdad sobre ese escondite al que llamaremos para entendernos mejor, señor X. Usted tiene fama de ser muy astuto, señor Raglan, entre otras cosas. Pero además resistió muy poco la tortura, demasiado poco para ser tan duro como afirman.

—Hija mía, ¿alguna vez te has visto con ese cuentagotas encima?

—No. Pero veinte horas escasas son muy pocas, señor Raglan. Serían suficientes para un hombre vulgar; no para quien, como usted, nos consta que ha pasado por pruebas peores.

Si ella lo decía... De modo que sólo estuvo veinte horas recibiendo el goteo, pero la verdad era que el cerebro le comenzaba a fallar. Y por aquella única razón estaban libertándolo. Bueno, de momento era un alivio, pero en cuanto los desconocidos jefes de Amanda descubrieran que dijo la verdad al señor X, probablemente se enfadarían mucho con él por el inútil trabajo que les hizo realizar. Y eso significaría su eliminación del mundo de los vivos.

—Además, era nuestra única oportunidad. El señor X se ha llevado a sus hombres de mayor confianza. En la clínica quedaron sólo cinco, de los cuales cuatro atienden a los otros prisioneros y el quinto montaba guardia en la entrada. Yo tuve que encargarme de ponerlo fuera de combate, pero no podía hacerlo con todos los demás aparte

de que no era necesario; permanecen dentro de las habitaciones de los primeros mientras dura su guardia. De todos modos, de hacer alguno de ellos algo sospechoso, Emil, yo y usted nos las habríamos visto negras.

Podía ser verdad. Y no serlo. De momento estaba fuera de aquel antro y de las manos del misterioso señor x. Sin poder hacer otra cosa sino aguardar los acontecimientos.

Recorrieron una buena cantidad de millas, siempre por carretera, aunque pasaron junto a tres poblaciones por lo menos a juzgar por los ruidos que Raglan escuchó; pero aquello bien podía ser una simple añagaza y estar dando vueltas en círculo, o lanzadera. Luego el vehículo penetró en un lugar cerrado, se detuvo y alguien, desde fuera, abrió las puertas.

Un par de negrazos impasibles, que se hicieron cargo de la camilla con él sin pronunciar palabra, lo metieron por una puerta al interior de lo que parecía ser una mansión campestre algo antigua, silenciosa y fría. Lo subieron por una escalera grande hasta el primer piso; luego avanzaron por un pasillo, entraron en un dormitorio, lo depositaron en el suelo, lo cogieron, lo echaron en la cama, lo taparon. Inmediatamente entró Emil, el mudo y se sentó en una butaca; los otros se llevaron la camilla y todo quedó igual. Había cambiado de alojamiento, tan sólo.

Raglan decidió que lo mejor que podía hacer en tales circunstancias era tomarlo con calma, reflexionar y recuperar energías. Mientras estuviera tan débil como una criatura, con un hombro horadado y un brazo inútil, cualquier iniciativa violenta por su parte quedaba descartada.

Había esperado de todos modos recibir enseguida la visita de quienquiera que fuese quien entraba en turno para interrogarlo, presionarlo y amenazarlo para conseguir los malditos documentos; pero las horas de aquel día transcurrieron sin que tal cosa sucediera. Llegó la noche y, con ella, la negrita, trayéndole más comida pero guisada de distinta manera.

—Cene y repóngase, es lo que ahora necesita —fue su respuesta cuando le preguntó—. Y no haga preguntas a las que no le puedo contestar.

Obedeció. Mientras hay vida hay esperanza. Además, la negrita seguía tratándole con mucho mimo, lo que contribuía a levantarle

los ánimos.

El negro fue sustituido por otro negro, que si no era mudo sabía aparentarlo muy bien. Terminó su cena y la negrita desapareció.

Pasaron entre quince y veinte minutos. Luego se abrió la puerta y entró otro par de negros. Pero éstos diferían de los anteriores.

El de más edad ordenó salir a su guardián con el gesto; luego ambos se acercaron al lecho donde Raglan estaba mirándoles y tratando de averiguar a cuál de los dos bandos de aquel condenado país pertenecerían; si llegaban a traerle su sentencia de muerte. Uno andaría por los cuarenta y tantos años, el otro era más o menos de la edad del propio Raglan. Si no lo eran, parecían civilizados; eso que se presupone son los blancos del industrializado Occidente. Al menos el inglés que utilizó el mayor de ellos, era realmente bueno.

—Espero que se encontrará mucho mejor, señor Raglan.

—Sí, gracias. Supongo que le debo el encontrarme aquí ahora y todo lo demás, señor...

—Si se refiere a su salvación de ese sitio donde lo estaban torturando, en efecto, a mí me lo debe.

Otro que no quería identificarse. Bueno, adelante con el juego.

—Y ahora supongo que viene a decirme lo muy molesto y pesaroso que está por haber realizado tanto trabajo en balde.

—Nada de eso. Sabíamos que no dijo la verdad al hombre que lo torturó, de ahí que ordenara sacarlo de aquel lugar cuanto antes. Si no lo hubiéramos hecho ahora lo estaría pasando usted muy mal, señor Raglan. Al caballero de cuyo poder ha salido no le gusta nada que se burlen de él, créame. Y es muy expeditivo castigando.

CAPÍTULO VI

Raglan se tomó tiempo antes de hablar. Y dio a su voz, a su expresión, un matiz que ciertamente distaba lo suyo de concordar con su estado de ánimo.

—¿Se ofendería mucho si le digo que no le entiendo, señor...?

De nuevo el negro bien educado pasó por alto su insinuación.

—Señor Raglan, nosotros no lo menospreciamos; le ruego que tampoco nos menosprecie. También algunos negros poseemos educación y altura intelectual, créame.

—Jamás se me ocurrió la estúpida idea de que así no fuese. Pero la verdad es que, acaso por culpa de ese goteo sobre mi frente, mi cerebro no razona hoy con su claridad habitual. Si fuera tan amable de explicarme por qué el hombre que me sometió a tal presión psicológica ha de estar ahora muy irritado contra mí, le doy mi palabra de que se lo agradeceré.

El negro de más edad esbozó una sonrisa que podía ser irónica y podía ser otra cosa. El más joven guardaba silencio, pero a todas luces no era mudo.

—Señor Raglan, usted posee sin duda un cerebro muy ágil y fértil en recursos; también gran habilidad para embaucar, tanta que pudo convencer a su secuestrador de que los documentos ocultados por el general Langhor antes de suicidarse..., o ser asesinado, se encontraban en el edificio de la Banca del Oeste de Africa en nuestra ciudad. Pero no era cierto.

—¿Está seguro?

—Por completo. En estos momentos nuestro hombre está doblemente furioso, primero por haber perdido su tiempo y gastado parte de sus posibilidades en la excursión infructuosa a ese lugar, pero aún más porque todo concurre a darle la impresión de que usted lo ha burlado lindamente, haciéndole desamparar con sus mejores ayudantes el lugar donde le tenía secuestrado el tiempo necesario para que amigos suyos lo libertaran, dejándole corrido, humillado y en mala situación ante sus superiores.

Así que los malditos documentos no estaban donde le dijo aquél...

Pero si no estaban allí...

¡Naturalmente! Qué gran estúpido había sido no sospechándolo. Era tan sencillo, tan vulgar, que su brillante cerebro de viejo zorro no cayó en ello, porque imaginóse llamado a más altos destinos. Idiota presuntuoso. Lo habían enviado lisa y llanamente a ponerse delante de los perros para que lo ventearan y se fueran tras él, mientras otro se apoderaba de los malditos documentos y los ponía tranquilamente a buen recaudo. Un aventurero menos en el mundo no iba a hacer llorar a los cocodrilos del Foreign Office y el Intelligence Service. «Si le cogen nosotros nada haremos...». Claro que no. Sabían que ya se encargaría él de luchar por su propia vida, enredando la pista a quienes andaban tras de los documentos.

Bueno, pues en eso no se engañaron. Iba a defender su vida con uñas y dientes; al diablo con los juramentos, con la lealtad a los sagrados intereses superiores de la patria —que, como de costumbre, resultaban curiosamente fundidos con los sacratísimos intereses de políticos en el poder, grandes negociantes y otra fauna por el estilo—, y todo lo demás. Había sido impúdica, vilmente traicionado, entregado inerme a las fieras. Pero no estaba devorado. —Diantres, eso sí debe estar escociéndole —dijo con suave alacridad, poniendo la cara más inocente que pudo—. Creo que mi agradecimiento hacia ustedes es aún mayor de lo que suponía.

—Tiene los medios de pagárnoslo.

—Claro, diciéndoles el verdadero lugar donde están escondidos los dichos documentos... ¿Puedo preguntarles si pertenecen al actual gobierno de su país, o por el contrario, al anterior?

—Puede preguntarlo. Nos reservamos, por el momento, la respuesta.

—Entendido. Y si trato de jugar con ustedes, imagino que me tendrán reservadas exquisiteces especiales...

—Depende de su sensatez. Somos, se lo repito, hombres civilizados, tanto por lo menos como los ingleses y los franceses. Pero en este caso, y si usted nos fuerza a ello con su comportamiento, muy a pesar nuestro tendríamos que recurrir a un viejo sistema de nuestro país, muy eficaz para desatar lenguas.

—No será la gotita de agua.

—No. Miel y hormigas *simba*.

La suave aclaración erizó de golpe el vello en el cuerpo de Raglan,

al tiempo que le recorría de la nuca a la rabadilla un desagradable estremecimiento, pues miel y hormigas *simba* formaban una combinación infernal. Él había tenido ocasión de ver, en plena selva biafreña, cómo los combatientes de uno y otro bando olvidaban instantáneamente su enfrentamiento para replegarse a toda prisa ante el avance de una columna migratoria de tales hormigas, justo por donde los hombres andaban a la gresca. También había visto — y no lo olvidaba— lo que quedó de los cadáveres de unos cuantos soldados de uno y otro bando caídos en la línea de avance de aquellas salvajes asesinas tan diminutas como voraces, que por cientos de miles se movían, implacables, llevando el pánico incluso a los grandes animales de la selva, serpientes pitón y elefantes incluidos. Había visto a un viejo elefante macho, que debía pesar sus buenas cinco o seis toneladas, enloquecer y destrozar todo en su ciega carrera sin objeto cuando unas docenas, o tal vez centenares de aquellas menudas fieras se le metieron casualmente en la trompa mientras ramoneaba, devorándosela sin importarles los berridos del coloso impotente contra ellas. Miel y hormigas simba...

—Quieren amedrentarme, ¿verdad?

—Puede verlas usted mismo. Hemos traído una colonia de tres reinas y varios millares de individuos, en cajas metálicas, por avión. Las estamos alimentando adecuadamente y proliferan muy aprisa. Usted conoce su insaciable voracidad; antes de mucho habremos de exterminarlas con gas o bien nos costará un par de ovejas diarias su manutención, aparte el riesgo de que una de las reinas se escape. Preferiríamos aniquilarlas, pero si usted no nos deja opción, le procuraremos una dulce muerte.

Dulcísima. Y a ver cómo les convencía a los civilizadísimos negritos de que él no tenía ahora la menor idea del lugar en que se encontraban los documentos. Aparte de que si lograba convencerles, igual podían decidir convertirlo en alimento de sus hormiguitas.

—¿No habría algún modo de llegar a una solución razonable, señores?

—Está en sus manos. Pero no deseamos atosigarlo, no somos salvajes. Vamos a concederle veinticuatro horas. Está de más advertirle la inutilidad de cualquier intentona por su parte de escapar de aquí.

—¿Con un hombro agujereado y más débil que un recién nacido?

Señores, ustedes me sobrevaloran con exceso.

—Lo preferimos a confiamos demasiado. Que descanse bien, señor Raglan. Hasta mañana.

Lo dejaron con sus nada gratos pensamientos. Pero al poco reapareció la negrita, portando una inyección ya preparada.

—Le hará dormir algunas horas —explicó—. Lo necesita.

Seguro. Mientras durmiera no pensaría en su insostenible situación. Tanto si se dejaba melenas como si se afeitaba el cráneo, el resultado iba a ser muy parecido. Miel y hormigas *simba*. ¡Brrrrr! Si pudiera ponerle las manos encima al querido tío Archibald, que lo metió en esto, y al honorable *sir* Charles, y a todo el resto del grupito...

Casi no sintió el pinchazo. Pero él era como era y de otro modo no podía ser.

—Amanda, mi ánimo está muy conturbado; temo que ni con la inyección podré dormir. Pero estoy seguro de que un beso tuyo llenará mi alma de paz.

Ella sonrió, como divertida.

—Si es así, no puedo negarle esa caridad —dijo. Se inclinó poniendo una mano sobre la almohada y lo besó. En plena boca, un beso goloso, delicia pura.

Besándola le hizo efecto lo que le habían inyectado.

Bien mirado, era un estupendo modo de dormirse. O de morir.

Pero la maldita droga, o lo que fuera, no le proporcionó un sueño tranquilo, sino una cadena de pesadillas a cual más estrambótica. Unas veces veíase, sentíase, en una especie de cámara de torturas donde unos tipos que él sabía eran del Intelligence Service estaban poniéndole inyecciones, diciéndole cosas incoherentes, peloteándose unos a otros con una serie de absurdas conversaciones. Otras estaban bregando con el señor x en el cuarto donde lo tuvieron secuestrado; también con Olga, que lo acosaba a preguntas sobre la exacta ubicación del maldito escondrijo de los documentos del finado general Langhor. Otras eran el negro educado y su compañero, otras la negrita, otras aquella buena moza de personales ideas sobre el mejor modo de torturar a un hombre..., y, a veces, todo se le formaba un potaje endemoniado. Entre pesadilla y pesadilla había espacios de tiempo en los cuales todo era más tranquilo. Comía, bebía, descansaba, lo curaban..., pero eso no

lo veía; más bien eran sensaciones.

Finalmente se despertó. Debía haber dormido lo suyo, porque era de noche. Además, sentíase muy descansado, reconfortado, curiosamente fuerte. Y con un hambre de lobo. Al abrir los ojos descubrió al negro que relevaba a Emil dormitando desmadejado en la butaca. Estaban solos.

Roy Raglan tardó unos minutos en descubrir algo que le provocó súbita excitación. No sólo se sentía hambriento, descansado, despejado, sino que no le dolía apenas la herida y sus músculos habían recuperado el vigor, la elasticidad. Parecía imposible, pero así era.

Durante un buen rato permaneció realizando comprobaciones cada vez más complejas. Finalmente no le cupieron dudas. Incluso podía...

Aquello era muy extraño, pero tan evidente que no se podía negar. Y él, Roy Raglan, no era hombre para entretenerse en bizantinas reflexiones cuando su pellejo estaba en el alero. Si era una maldita trampa, nada perdería comprobándolo.

Centímetro a centímetro echó fuera el embozo, se incorporó y se sentó en el lecho, tirando fuera los pies. El negro contestó a su acción con un suave ronquido. Podía ser...

Dos minutos más y Roy Raglan, desnudo, de pie junto al lecho, comprobaba que su asombrosa recuperación era cierta. Ni se mareaba, ni le fallaban las rodillas. Sólo le clamaba el estómago.

Y el negro seguía durmiendo, o aparentándolo.

Avanzó hacia él de cara, tensando los músculos para la lucha. Moviendo el brazo izquierdo notó que podía alzarlo a la altura de la tetilla sin apenas dificultad; el vendaje estaba puesto de tal modo que no se lo impedía. Pero lo más curioso era que el movimiento apenas si le provocaba dolor en la herida, como si ya estuviera cicatrizada.

Llegó ante el negro, que seguía quieto y roncando de modo apacible. En una funda sobaquera —estaba en mangas de camisa— llevaba una excelente automática. Aquel arma podía estar normalmente cargada y podía estarlo con cartuchos de fogueo, pero la navaja que había sobre la mesa, entre los restos de comida y demás, no era de pega. Moviéndose cautamente alargó la diestra, la atrapó y, al empuñarla, se sintió un poco mejor.

El negro despertó de golpe cuando le pinchó el cuello con la punta de la navaja, junto a la yugular.

Si fingía estaba haciéndolo muy bien; los ojos parecieron salirse de las órbitas al verle de pie ante él y listo para degollarlo; abrió la boca, no dijo nada y aferró con manos muy crispadas los brazos de la butaca.

—Tranquilo, muchacho, no quiero hacerte más daño del indispensable, tú verás.

El negro parecía demasiado aturdido para reaccionar. Manteniéndole la punta del cuchillo en la garganta, Raglan movió la mano izquierda y lo alivió del peso de la pistola, comprobando que podía empuñarla muy bien con aquella mano. Entonces giró, pausado, alrededor del negro hasta colocarse a su espalda, clavó la navaja en el sillón, se cambió velozmente de mano la pistola y, antes de que el negro reaccionara, le atizó un duro y bien medido golpe detrás y encima de la oreja derecha.

Al parecer había recobrado toda su energía, o casi. El negro, con un gruñido, volvió a desmadejarse. Y no fingía.

Raglan se movió entonces veloz. Primero hacia la puerta para correr el pestillo; luego a agenciarse ropas. Encontró en el armario de aquella habitación sus pantalones, zapatos y cinturón; la camisa que ya usó dos veces, una gabardina usada y la chaqueta que debía pertenecer a su vigilante. Rápido, procedió a vestirse, comprobando de nuevo que casi podía mover el brazo izquierdo con normalidad, salvo ligeras molestias de la herida y el forzoso engorro del vendaje. La chaqueta del negro, por suerte, era de confección, holgada. Aunque corta de mangas pudo ponérsela y no le estorbó gran cosa los movimientos. Tomó también la gabardina, registró al negro, se guardó todo el dinero —poco— que llevaba, porque iba a necesitarlo sin duda, lo amarró con los cordones de sus propios zapatos y las sábanas de la cama, le metió un pañuelo en la boca, sujetándolo allí con otro que atóle a la nuca. Se movía, actuaba como en sus buenos tiempos, con el cerebro despejado y haciéndose un montón de preguntas, los sentidos alerta, sin hacer más ruidos de los indispensables. Vio en el reloj de pulsera del negro que eran las dos, probablemente de la madrugada; se lo quitó y se lo puso, también lo iba a necesitar. La pistola se la metió entre camisa y pantalones, la navaja se la guardó en el bolsillo de la gabardina.

Luego fue a la ventana y la abrió.

Parecía mentira, pero era verdad. O tal vez aquél fuera su primer día de suerte desde que lo atraparon. Aquella ventana, herméticamente cerrada, eso sí, no tenía, rejas ni ningún otro obstáculo que impidiera salir por ella al exterior. Además se encontraba en la primera planta del edificio, ahora sumido en la oscuridad, al parecer una mansión campestre. El cielo estaba encapotado. Soplaban un viento frío y húmedo, tonificante, que aspiró a pleno pulmón. Y no parecía haber nadie rondando el exterior.

Para un hombre como él escapar de allí, incluso con su herida, resultó un juego de niños. Antes de hacerlo acopló a la pistola el silenciador encontrado en un bolsillo de la chaqueta del negro. Luego se izó hasta el alféizar, se descolgó cuidadosamente agarrado a la cuerda de sábanas, sin resentirse demasiado de la herida, aunque la flexión violenta del hombro le hizo daño, y comenzó a descender hacia la amada y arriesgada libertad.

CAPÍTULO VII

Las sábanas trenzadas que apenas si le permitieron descender tres yardas, terminaban a otras tantas del suelo. Para un hombre como él, era un salto juguetero, hallándose en condiciones normales.

Saltó, midiendo cuidadosamente el ritmo y la distancia, cayendo, como deseaba, de pie. Al tocar el suelo flexionó adecuadamente las rodillas, basculó hacia su derecha, apoyó la mano diestra en el húmedo suelo y acto seguido se distendió con suave agilidad, incorporándose. Un momento después, tenía en la mano la pistola provista de silenciador y se encontraba listo para afrontar cualquier contingencia.

Pero todo estaba muy tranquilo y silencioso en la fría y húmeda madrugada. Parecía demasiado bueno para ser verdad.

Raglan no se entretuvo, de todos modos, en husmear por allí. Lanzóse a toda velocidad, encogido y alerta, hacia la negrura protectora de la noche y el campo.

Su experiencia, un sexto sentido, lo aguzado de sus instintos..., fuera lo que fuese, le permitió distinguir la sombra clara y rápida que de repente llegó veloz por su derecha. Giró.

Era un perro guardián; un dogo entrenado. Silencioso, poderoso, peligroso. Allí tenía la ocasión de comprobar si la pistola estaba cargada.

Aguardó a tenerlo casi encima, entonces apretó el gatillo. Hubo un «plop» sordo y seco, al que respondió un gruñido ronco de dolor agónico, y el perro de presa se derrumbó a tres pasos de él.

La pistola estaba cargada, no cabían dudas. Al llegar junto al perro pudo verle removerse espasmódicamente, y el reguero de sangre que comenzaba a salir del punto donde el certero proyectil le había entrado buscándole el corazón. Fue un buen tiro, habida cuenta de la oscuridad.

Raglan siguió corriendo hacia la protección de los árboles que se alzaban, como un muro negro ante él, a cosa de cien pasos de distancia. Antes de llegar a ellos aún le quedaba un obstáculo por salvar, pero tampoco era cosa del otro mundo. Una vez traspuesto

tendría nueve probabilidades contra diez de escapar, contando con que su buena suerte le durara.

El obstáculo lo constituía una tapia de mampostería de dos yardas de altura, coronada por una alambrada de una yarda más. Probablemente al exterior mostraría un aspecto bastante impresionante, pero por dentro, como normalmente sucede, la cosa era menos grave. Donde no había un árbol que echaba algunas de sus ramas por encima de la alambrada, había un montón de escombros y leña, o unos desconchados.

Raglan eligió el montón de escombros. Su buena suerte seguía ayudándole, puesto que lo formaban unos haces de ramaje seco, hojarasca, unos maderos; también algunas basuras sin duda arrimadas allí por el que cuidaba del terreno. Su altura de más o menos una yarda le permitió vérselas con la alambrada en óptimas condiciones y comprobar que no estaba electrificada. Era vulgar alambre de espino y ni siquiera muy enmarañado; incluso descubrió un par de alambres rotos.

Con todo necesitó un buen rato para abrir un boquete lo bastante grande. Todo el tiempo trabajó alerta ante la posible llegada de quienes sin duda no encontrarían aceptable su intentona, pero nada sucedió, ni hombres ni perros asomaron. Finalmente logró dejar expedito el camino y volvió a colarse por sobre el muro de mampostería. Ahora no podía hacerlo del modo que saltó por la ventana, tenía que deslizarse de cabeza, dejarse escurrir y procurar caer de modo que no se golpeará el hombro herido. No era demasiado difícil. El terreno parecía blando por recientes lluvias y había incluso hierba abundante pegada al muro.

Se escurrió, pues, hacia el exterior tanteando la áspera superficie del muro. Cuando la inercia completó su labor, echó los brazos por delante y, en el momento justo, realizó un hábil giro con la parte superior del cuerpo.

Se pegó el batacazo tal como calculara, contra el costado derecho, la cabeza, el hombro y el brazo. No había suficiente altura para que el golpe pudiera provocarle daños serios; además la espesa capa de yerbajos y lo blando del terreno amortiguaron el golpe. Se levantó resollando despacio, echó mano a la pistola, agazapado contra el muro. Luego de convencerse de que estaba libre el camino, inició la carrera hacia los árboles cercanos.

Entonces, de allí mismo, delante de él, a quince o veinte pasos, le llegó la clara conminación:

—Te estoy apuntando con una escopeta cargada con postas.

Raglan frenó en seco, pero no tanto por la clara conminación, sino porque conocía aquella voz. La sorpresa y una insensata alegría lo dejaron al pronto sin aliento, clavado en tierra.

Allí delante volvió a sonar la misma voz:

—Levanta las manos y avanza despacio. No se te ocurran trucos, porque te acribillaré.

Raglan estaba ya reaccionando. Y su cerebro funcionaba a toda máquina, al tiempo que la sangre le comenzaba a bullir. Avanzó, tal como le decían, con las manos altas no sin haber realizado un veloz juego de prestidigitación que llevó la pistola al bolsillo derecho de la gabardina. Y mientras avanzaba comenzó a silbar en tono bajo una desenfadada canción popular.

—¡No trates de embaucarme, cállate!

Obedeció de nuevo. Debería estar furioso, abatido, nervioso..., pero estaba contento y excitado. Recorrió a paso moderado la escasa docena y media de yardas hasta el punto de donde había surgido la voz conminatoria, manteniendo bien altas las manos porque no quería recibir una perdigonada a bocajarro por un tonto error.

—¡Bate palmas! ¡Párate y vuélvete de espaldas!

—Buenas noches, Olga. ¿Todo eso es preciso?

—¿Usted...?

Aquella violenta exclamación llenó de dulces y sabrosos ecos el cerebro y el corazón de Roy Raglan. Dio a su respuesta el tono exacto que la ocasión requería.

—El mismo, mi fascinadora enemiga. Veo que parece sorprendida.

Ella surgió de entre la negrura al pie de un frondoso roble, apenas una sombra movediza. Su voz, ahora, tenía una mezcla de incredulidad, irritación y desconcierto.

—No acabo de creérmelo. ¿Cómo se las ha arreglado para escapar de ahí?

—Tuve una suerte loca. ¿Por qué no me dice que diantres hace aquí a estas horas? ¿Cazar depredadores nocturnos?

—Venía a sacarle a usted.

Era toda una noticia. Raglan respiró hondo; luego dijo con suave ironía:

- Cuánto lamento haberme anticipado; de veras. De haber sospechado que estaba tan cerca le habría dado la oportunidad.
- Vámonos de aquí, antes de que vengan tras usted.
- ¿Por dónde?
- Por ahí. Y no intente ninguna jugarreta.
- ¿Me llenaría el cuerpo de perdigones gruesos?
- No llevo ninguna escopeta. Al verle salir por ese agujero le tomé por un simple merodeador nocturno; o alguno interesado en localizarle también, por eso le amenacé así. Pero estoy empuñando mi lanzadardos y ya conoce sus efectos.
- Seguro... Prefiero ir por mi pie adonde sea, antes que forzarla a arrastrarme, peso demasiado.
- Y por lo visto está mucho más ágil, fresco y vigoroso de lo que podría suponerse. O tiene una extraordinaria capacidad de recuperación, o ahí dentro le han dado un tratamiento vitalizador muy efectivo.
- Lo segundo me parece más posible, aunque admito que no tengo la menor idea de cuál pueda haber sido. Pero como logre salir vivo de este condenado negocio, me propongo volver a preguntarles qué me administraron, y asociamos para su explotación comercial.
- ¿Tan bien le ha ido?
- Imagínese. Esa negrita que me sacó del lugar donde ustedes me tenían enjaulado, es cosa seria curando heridas y dando besos...
- Ahórreme sus experiencias eróticas. En cuanto a esa traidora, pronto recibirá su merecido.
- Pobrecilla, confío en convencer a su amigo, el señor X... Es así como le llaman los negritos, ¿sabe? Confío en convencerle para que sea benévolo con ella. Después de todo obedecía órdenes, y el que les haya engañado no merece tanta inquina.
- También usted nos engañó. Mintió, al decir que los documentos estaban en aquel lugar.
- ¿Me creería si le jurara sobre cualquier cosa importante, que les dije todo lo que sabía acerca de esos malditos documentos?
- No.
- Lo suponía. Lástima, porque es así. En fin, salí de la sartén para volver a las brasas y supongo que ahora me volverán a propinar otra ración de gotitas de agua...
- Eso de usted depende.

—Me lo temía...

Caminaron a buen paso bajo los árboles; salieron de ellos a un prado de alguna extensión, muy blando el suelo, casi pantanoso, a causa de recientes lluvias. Olga se mantenía a la espalda de Raglan y a su izquierda; hablaba con su acento claro, sereno, frío y desdeñoso. El se las arregló para comprobar que, en efecto, empuñaba su pistola lanzadardos, la grande, apuntándole al cuello.

Tenía que hacer algo y aprisa, o iba a terminar con la sesera taladrada por gotas de agua, más loco que un cencerro. Tal vez...

De repente fingió un tropezón, juró, trastabilló; se echó atrás para, al parecer, recuperar el equilibrio, movió el brazo izquierdo sin preocuparse por el vendaje y la herida. Golpeó, en el límite mismo de su movimiento, la mano armada de la joven y sintió el golpe del dardo contra la gabardina.

Pero ella había tenido que disparar sobre su cuerpo. La gabardina y la chaqueta fueron suficientes para, en su holgura, amortiguar el impacto, de modo que la punta del dardo no le llegó a la carne.

—¡Traidor...!

Ella había sido tomada por sorpresa, a todas luces no lo imaginaba tan repuesto. Con la misma rapidez, Raglan giró y le atrapó la muñeca derecha, desviándole la mano sin grandes miramientos, e impidiendo que le clavara el segundo dardo en cara o cuello.

Luego bregaron como mandan los cánones.

Ella no sólo tenía un cuerpo exquisitamente proporcionado, sino duro y elástico, de leona joven. Y debía estar furiosa a más no poder. No volvió a emitir ningún sonido, puso todas sus energías a contribución para dominarlo. Y tenía, vaya si las tenía...

De todas formas, de haber estado con sus dos brazos sanos Raglan la habría dominado rápidamente. Así, pronto advirtió que iba a costarle lo suyo. Ella se defendía como lo que era; utilizó tretas de judo, debía ser bastante experta, tal vez cinturón azul. Raglan lo era negro, pero con sólo un brazo en perfectas condiciones, eso nivelaba la partida.

Hasta que pudo zancadillearla y, con un veloz cambio de posiciones, meterle el hombro derecho, alzarla, voltearla y enviarla en corto vuelo al suelo. Ella emitió un breve, agudo grito de cólera al verse abatida.

Y cayó de espaldas a tierra, momentáneamente inerme.

Raglan le saltó encima como un tigre, le atrapó la mano armada, pegándosela al suelo, le plantó la rodilla izquierda sobre la articulación del codo, obligándola a abrir los dedos y soltar el peligrosoartilugio. Puso la rodilla derecha sobre su estómago y le sujetó y torció el antebrazo izquierdo, inmovilizándolo. Con la mano izquierda, la asió por los cabellos y le inmovilizó también la cabeza, a pesar de sus desesperados tirones. La joven se enarcó, intentando zafarse, pero no pudo. Raglan pesaba al menos veinte kilos más que ella y estaba decidido a llevar en adelante la batuta. Se inclinó sobre su bello rostro, ahora sólo una mancha clara en la que destellaban los ojos con un fulgor de ira, coraje y agresividad...

—Así la quería tener. Dios me condene si no voy a besarla con todas las ganas del mundo, como el insolente bribón que soy.

—¡Si lo hace..., lo mataré!

—Después. Yo no tengo la culpa de haberme enamorado de la reina de las Amazonas.

Se lo dijo con mucha vehemencia, luego la besó. Vaya si la besó.

Y ella, en una reacción fulmínea, le clavó los dientes en el labio inferior. Nada de caricia, un mordisco de aúpa.

Un momento después algo estallaba contra la nuca de Raglan, llenándole el cerebro de dolorosas estrellas. Supo que lo habían cazado de nuevo, y luego se hundió en la negra inconsciencia.

CAPÍTULO VIII

No le extrañó despertarse en una para él bien conocida habitación, de nuevo desnudo como un gusano. Dos mil herreros locos martilleaban sus yunques dentro de su cráneo, por lo demás estaba razonablemente bien.

—Vaya, ha despertado. ¿Qué tal se siente?

La negrita era dulce, cariñosa y grata como una tajada de melón maduro en mediodía de verano. Del mal, el menos. Lo habían dormido besando a una mujer que lo llevaba a mal traer y despertaba acariciado por otra que merecía todos los homenajes varoniles.

Pero no estaban solos, el negro bien educado y Emil se encontraban también en la habitación. Así que gruñó, mientras pugnaba por recuperar del todo la consciencia:

—Peor podría sentirme. Dame otro beso, a ver si se me pasa el dolor de cabeza.

Ella emitió una risita frutal mientras sus ojos le enviaban un cálido mensaje, se incorporó y se retiró un paso. El negro bien educado tomó la palabra.

—Como puede comprobar, su intentona fracasó, señor Raglan. No volverá a tener la oportunidad de repetirla.

—¿Qué le han hecho a ella?

El mismo se sintió sorprendido por su pregunta, del todo instintiva. Pero él negro no pareció sorprenderse.

—También está en nuestro poder. Luego la verá.

Así que la habían atrapado... Y tal como andaban las cosas, eran hasta capaces de dársela a comer a sus malditas hormigas... Tenía que hacer algo, lo que fuera, idear un plan, ganar tiempo..., para libertarla.

—Reconozco que menospreciamos su valía, señor Raglan. No sucederá otra vez.

—¿Cómo llegaron tan a tiempo?

—Controlamos a sus guardianes. Cuando no sonó el timbre anunciando que todo iba bien, vinimos y descubrimos lo sucedido.

Utilizamos lámparas y visores de luz infrarroja para hallar y seguir su rastro, llegamos a tiempo de contemplar su pelea con la señorita Bryce, intervinimos y les capturamos. Fue sencillo, usted nos facilitó la tarea.

Sí que lo hizo... Pero ahora él no estaba pensando en aquello.

—¿Quiere decir que ella es pariente del coronel Bryce?

—Es su hija.

Era su hija. Y él tres veces, treinta, tres mil veces estúpido. Debió sospecharlo al instante, cuando ella le dijo su nombre.

—Voy a darle su última opción, señor Raglan. Tengo que tomar unas medidas, regresaré dentro de media hora, confío en que para entonces esté repuesto y haya reflexionado. Vamos, Amanda.

Salieron ellos dos, pero se quedó Emil y entró otro a quien Raglan ya conocía. Ambos se acomodaron de modo que pudieran caerle encima antes de que completara la acción de levantarse de la cama. No iban a confiarse, después de lo ocurrido.

No iba a intentar sacar nada de aquel tipo. Ahora tenía que pensar, con martilleo en los sesos y sin él. Pensar mucho y bien...

La hija de Bryce... Sólo conocía su existencia, de labios de *sir* Charles, que no le dio su nombre ni mencionó su edad, tampoco ninguna de sus características personales. En cambio de su padre sí sabía bastantes cosas.

Neil Bryce había sido un brillante oficial en el ejército británico. Procedía de una distinguida familia canadiense. Estuvo en Dunkerque, en Grecia, en Cirenaica, Birmania; otra vez en Libia... Herido el último día de la batalla de El Alamein, lo enviaron a convalecer a Inglaterra y a los dos meses estaba en Rusia, como agregado militar. Permaneció en Rusia un año justo; luego los rusos exigieron su vuelta a casa al parecer, el entonces mayor Bryce no sólo había realizado a la perfección sus tareas de agregado militar, sino que actuaba como agente secreto del Gobierno británico con mucha eficacia, pero cometió el error de enamorarse, aunque por todos los informes era un error muy disculpable, pues ella estaba considerada una de las mujeres más bellas de Moscú. También resultó ser agente del Stavka. Lo que son las cosas, la agente rusa se enamoró del agente británico y, sin perjuicio de cumplir con sus deberes militares y patrióticos le demostró su amor y tuvo una hija. Dado que los rusos siempre han sido gente muy desconfiada y

recelosa, su capricho le costó perder el puesto en Stavka con todos los gajes inherentes, debiendo incorporarse al trabajo en una fábrica de material bélico en las afueras de Moscú, eso sí, como mecanógrafa.

Estuvo cuatro años, los que allí la enviaron desperdiciaron a una mujer de grandes cualidades y comunista convencida.

Mientras tanto, el coronel Bryce completó su brillante carrera batiéndose sucesivamente en Normandía, los Países Bajos y el norte de Alemania. Herido de nuevo casi al final de la guerra, fue destinado al mando de un sector de la zona británica de ocupación. No había olvidado a su amor ruso, logró averiguar que vivía realizando tareas humillantes e indignas de sus capacidades y que tenía una hija fruto de su amor. Ni corto ni perezoso, el coronel puso manos a la obra. Se las arregló para convencer a los rusos de que estaba dispuesto a colaborar con ellos a cambio de su amada y su hija. Durante unos meses les estuvo entregando lo que parecía excelente información secreta y era una excelentísima falsificación. Los rusos picaron el anzuelo, primero le entregaron a su hija, luego permitieron a la antigua miembro del Stavka marchar a Inglaterra, vía Suecia. Estaba ya en Suecia cuando el NKVD descubrió que Bryce les engañaba lindamente. Furiosos, los rusos trataron de hacerla volver a Rusia; pero Bryce se les anticipó, mató a un par de agentes soviéticos, libertó a su amada y se la llevó a lugar seguro, tan seguro, que durante años ella y su hijita pudieron vivir tranquilamente sin que los agentes soviéticos las encontraran. En cuanto al coronel, se convirtió en uno de los jefes de operaciones del Intelligence Service. Y los rusos sabían que si tocaban a su esposa y su hija tal acción iba a costarles demasiado cara, así que se resignaron a dejarlas en paz.

Luego la esposa rusa del coronel Bryce falleció, de una enfermedad dramática y vulgar, a los cuarenta años escasos. El coronel debía quererla mucho, porque dimitió de su cargo en el Service y se retiró a la vida privada, en su patria, llevándose consigo a su hija.

Los hombres como Bryce no suelen, sin embargo, aguantar mucho tiempo una existencia sedentaria y anodina. Cuando el dolor le remitió volvió al servicio activo, pero ahora en el Foreign Office, sí que ligado con su antigua tarea. Se pasó otros nueve años realizando misiones especiales por el ancho mundo, para el mejor

servicio de Su Majestad.

Luego lo asesinaron. Y su nombre apareció involucrado, de manera muy escandalosa, en el asesinato del joven y prometedor jefe de un recientísimo país africano; en el subsiguiente golpe de Estado y en una serie de muy turbios negocios de alto vuelo. A la vieja y orgullosa Inglaterra eso le costó muchos disgustos y humillaciones, amén de una sustanciosa pérdida de contratos y concesiones para explotar las abundantes riquezas naturales de aquel joven país. Se los llevaron sus primos del otro lado del Atlántico y los alemanes occidentales.

Tres años después, el jefe de las fuerzas de seguridad interior de aquel país negro, ascendido a subjefe del Ejército, apareció al parecer suicidado en su suntuoso despacho. Aquel antiguo suboficial de tropas coloniales era hombre fuerte, y muy pocos, entre quienes conocían los entretelones de la política de aquel país, creyó en su suicidio. Pero a los pocos días, otra revolución llevó al poder a un equipo de tendencia mao-nacionalista, antibritánica y racista. Entonces se dijo que el general Langhor había sido asesinado para evitar que desenmascarara a varios de los más altos detentores del poder, en su país, revelando sus desvergonzados negocios con ciertas empresas norteamericanas y alemanas, producto de los cuales eran una docena de sólidas fortunas puestas a resguardo en los consabidos Bancos suizos. Entonces, también se mencionaron por primera vez ciertos documentos que el finado general había reunido y que probaban, sin lugar a dudas, la culpabilidad en todos aquellos sustanciosos tejemanejes de aquellos importantes personajes; así como el vergonzoso troceamiento de las riquezas básicas del joven país, ahora explotadas por empresas extranjeras con la misma impunidad que en los viejos, y decíase superados, días coloniales.

Eran los documentos que a él le habían encargado rescatar. Al parecer, aparte el Foreign Office y el Intelligence Service, había oíros intereses deseosos de poner las manos sobre los tales documentos, cosa muy comprensible. El asunto involucraba a mucha gente importante, dentro y fuera del país negro de marras; estaban en juego algunos cientos de millones, la política, la economía, la estrategia de las grandes naciones...

Y él, Roy Raglan, un notorio aventurero que no tenía absolutamente

nada que ver con aquel tinglado, había sido enviado por los muy honorables caballeros del Foreign Office a actuar de zorro en aquella cacería, mientras otro, a mansalva y con absoluta tranquilidad, recogía los malditos documentos llevándoselos a sus buenos amigos, *sir* Charles y los demás. Ahora estaba atrapado, con la perspectiva de servir de alimento a las voraces hormigas *simba* bien untado previamente de miel, y encima tenía la tarea de salvarle la vida a Olga Bryce...

¿Para qué querría ella los documentos? Probablemente su padre no trabajó en aquel asunto por nada. Alguien debió hacerle promesas que pagó con una superdosis de veneno especialmente preparado. La venganza es un deber filial, después de todo...

Pero ahora estaban los dos metidos en el mismo agujero, sin aparente salida. Estos negritos se decían civilizados, pero sin duda no iban a necesitar mucho para asomar la oreja ancestral. Tenía que volver a escaparse, y llevarse a Olga. Pero ¿cómo?

Volvió a entrar el educado caballero negro, tan impasible y cortés como siempre.

—Bien, señor Raglan. ¿Ha reflexionado ya?

—¿Podría ver ante todo a la señorita Bryan?

—Esperaba que me lo pidiera. Denle unos pantalones y unas zapatillas.

Se los dieron. Se los puso. Allí dentro había calefacción, una temperatura no inferior a los veinticuatro grados, cosa lógica, los negritos no gustaban del frío.

Uno de sus guardianes empuñó la automática; Emil, su escalofriante navaja de afeitar. El negro bien educado salió delante, luego le precedió por el corto y silencioso pasillo hasta otra habitación cuya puerta abrió, dejándole paso franco.

Olga Bryce se encontraba allí.

Sentada a un confortable sillón, amanillada con esposas y sujeta al mueble por una especie de tirantes de paracaidista pasados por sus hombros y sus muslos. Pero no la habían despojado de sus ropas. Aún tenía manchas de barro en la cara. Junto a ella estaba Amanda.

CAPÍTULO IX

Al verle entrar Olga cambió un tanto su expresión. Sus ojos dorados miráronle con violencia, encono y desprecio mientras apretaba la magnífica boca que él besó apenas diez segundos, a costa de un mordisco que aún le dolía lo suyo y le hinchó moleestamente el labio inferior. Amanda, con una sonrisa suave, se apartó a un lado, quedando a la expectativa.

—Hola, Olga. Lo siento, de veras.

—Ya es tarde para eso.

Ella no parecía ni pizca de abatida o asustada; era la amazona intrépida que no teme al riesgo ni a la muerte. Mirándola así, vencida y prisionera, Raglan supo al fin cuál era la exacta índole de los sentimientos que le inspiraba. Y eso decidió la cuestión.

—Me acaban de decir que usted es la hija del coronel Neil Bryce. ¿Es verdad?

Los ojos de ella estaban llenos de cosas.

—Sí.

—Debió habérmelo dicho cuando me sacó del primer atolladero. Nos habríamos ahorrado muchas molestias.

Ella pareció no entenderle. De todos modos seguía sin duda considerándole un bribón. Lástima, de aquello y de otras cosas...

—¿Quién es este caballero de color, Olga? ¿Le conoce?

—Sí. Es Douglas Ngoro, sucesor del general Langhor en la jefatura del Servicio de Seguridad de su país.

Raglan hizo una mueca. *Sir* Charles le había hablado de aquel hombre. «Hábil, astuto, inteligente, despiadado», fue su concisa descripción. Bien se estaban poniendo las cosas...

—¿Puedo hacerle un par de preguntas, señor Ngoro?

—Hágalas.

—¿Tiene algo contra la señorita Bryce? Me refiero...

—Sé a qué se refiere. No, no tengo nada contra ella. La he capturado porque estaba allí y porque puede servirme de garantía. Pero si todo termina como espero y deseo, me complacerá soltarla sana y salva.

Podía ser.

—Suponiendo que yo insisto en que no tengo la menor idea de dónde están esos documentos, usted preparará la miel, claro...

—Si no me deja otro remedio, sí. Es más, conociendo su fama le proporcionaré compañía. La señorita Bryce compartirá con usted miel y hormigas; no dudo que la idea le complacerá.

De modo que aquél era el juego... Maldito negro, como pudiera iba a borrarle la sonrisa.

Pero de momento sólo tenía una baza que jugar. Un farol.

—No esperaba menos de usted. Pero la miel me empalaga y sus hormigas no me gustan.

—Dígame dónde están los documentos.

—Con una condición previa.

—¿Se cree en posición de imponer condiciones?

—Ésta, sí.

—Dígala.

—Quiero que libere a la señorita Bryce. Quedará totalmente libre y yo he de poder comprobarlo sin lugar a dudas. Cuando tenga la total certeza de que ella está fuera de peligro, le conduciré a usted donde están los documentos.

Olga Bryce estaba ahora mirándole con gran fijeza, con una mirada y una expresión raras. Los demás atentos, Ngoro especulativo.

—Desde luego que la señorita Bryce es muy hermosa —dijo, pausado—. Pero ignoraba que usted fuese un caballero andante.

—Y no lo soy. Ella le dirá que soy sólo un insolente truhán, un maldito desvergonzado. Pero tengo una deuda y quiero pagársela. Usted decide.

Ngoro estaba reflexionando intensamente, a todas luces. Y no se fiaba, cosa lógica. Pero lo había desconcertado.

—Supongamos que acepto. ¿Quién me garantiza que no se trata de un truco suyo?

—Mi propio pellejo. Me tiene en su poder. Si los documentos no están donde yo le indique, me unta bien de miel y me echa sus hormigas. ¿Cree que es una clase de muerte que me agrade?

—No, no lo creo... Así que primero he de dejar en libertad a la señorita Bryce...

—Nos meterá a ambos en sendos vehículos y nos llevará al lugar donde yo le indique, yendo usted delante con ella. Allí, le abrirá la

portezuela y la dejará marchar. Cuando la vea desaparecer, sana y salva, le diré dónde están esos documentos. Y no habrá nada que me haga cambiar de opinión, ni siquiera las hormigas rojas. Si lo duda puede nacer la prueba.

Puso toda la firmeza del mundo en sus palabras.

O convencía a Ngoro de que, en efecto, él sabía dónde estaban aquellos documentos, o su vida y la de Olga no iban a valer un centavo. Al menos que ella se salvara y ya no podría recordarlo con desprecio.

Que él, Roy Raglan, pudiera pensar aquello casi le provocó un acceso de hilaridad. Era de lo más cómico, puro humor negro, venir a convertirse a estas alturas en un héroe romántico listo para dar su vida por la mujer amada sin esperar de ella sino su problemático agradecimiento póstumo y ser recordado con algo de añoranza. Él, para quien las mujeres jamás tuvieron otro valor que el del placer que le proporcionaban... Bonita jugarreta del destino...

Mirándose de hito en hito durante un minuto muy largo, podía ver en los ojos de Ngoro la desconfianza, la duda. Era lógico, él conocía su fama. Y tenía que convencerlo de que iba en serio.

Lo convenció.

—De acuerdo, señor Raglan. Confieso que me ha desconcertado un poco, pero creo que está jugando limpio. Sabe lo que arriesga y que no le daré otra opción...

—Lo sé muy bien. Conozco su reputación.

—Tanto mejor para los dos. Llénalo a su habitación y no se descuiden con él. Al menor gesto suyo, sospechoso, ya saben lo que deben hacer.

Se lo llevaron de allí. Antes aún pudo cambiar una mirada con Olga Bryce. La de ella tenía un extraño fulgor que le metió fuego en la sangre. Estaba, por lo visto, comenzando a cambiar de opinión respecto a él. Ya era algo, para un caballero andante que pronto se vería enfrentado a un hormiguero de feroces devoradoras bien untado de miel. «¡Morir por ella...!». Sonaba *demodé*, pero bonito.

No intentó nada. Mientras no estuviera Olga a salvo nada intentaría, luego ya era cosa de su propia vida, cualquier tipo de muerte resultaría más rápida y agradable que las voraces mandíbulas, millares y decenas de millares de diminutas tenazas arrancadoras de carne, de las hormigas *simba*.

Una vez de nuevo en su cuarto le hicieron sentarse y esperar. Al cabo de cierto tiempo entró Amanda con un traje completo, limpio, planchado, una camisa, una corbata, calcetines y zapatos; todo lo cual dejó sobre la cama, sonriéndole. Era cariñosa la negrita, lástima que debería morirse sin poder comprobar debidamente cuánto lo era.

Se vistió despacio bajo la atenta mirada de sus guardianes y rumiando planes descabellados sin cesar. Le seguía doliendo lo suyo la cabeza; tenía en el occipucio un chichón como un huevo, amén de una brecha. Amanda le había puesto sin duda un apósito. El hombro, la herida, dolíanle también. Tenía un vendaje limpio que le permitía mover casi con toda normalidad el brazo; detalle curioso que le chocó. Le pidió a Amanda un analgésico y ella se apresuró a traerle dos pastillas y un vaso de agua. Algo iban a aliviarle.

La ropa parecía haberla buscado a su medida; los zapatos eran los suyos y habían sido limpiados de barro. Terminó de vestirse y pidió un cigarrillo. De nuevo Amanda se lo facilitó, poniéndole sobre la mesa el paquete y las cerillas. No, no se descuidaban ya. Y tendría que descuidarlos.

Estaba terminando el cigarrillo, y el analgésico iniciaba sus efectos, cuando llegó Ngoro. Sólo le miró a la cara.

—¿Está listo?

—Cuando guste.

—Vamos. Véndenle los ojos.

Esta vez no iban a cometer errores, estaba vista La propia Amanda le vendó los ojos con una ingeniosa combinación de gasa y algodones.

—Así parecerá un lesionado en los ojos, nadie sospechará.

Eran astutos. No querían que viese bien, de día, el edificio y sus alrededores; ellos sabrían por qué.

Amanda lo tomó por un brazo, llevándolo fuera del cuarto, por el pasillo y luego por la escalera. Salieron al exterior, descendieron tres escalones de piedra, avanzaron unos pasos.

—Agáchese, alce el pie derecho, cójase de ahí.

Lo que sospechaba; una ambulancia. Sin duda la que emplearon para sacarlo de la clínica donde Olga y su amigo le retenían prisionero. Por ahora, todo salía bien.

Le hicieron tenderse en una de las camillas y lo taparon con una

sábana. Luego sintió cómo se cerraba una pulsera de acero en torno a su muñeca derecha y la otra era cerrada alrededor de un barrote metálico. Las manos de Amanda le quitaron la venda que le cubría los ojos y pudo verla sonreír, bonita, apetecible como un cesto de fruta fresca y jugosa.

—Ahora dirá adónde debemos ir. Tome ese micrófono, está conectado al automóvil del señor Ngoro.

Tenía libre la mano izquierda, estaba atado a una barra metálica con esposas de acero. Emil sentábase junto a Amanda, silencioso, con su navaja de afeitar en la funda muñequera. Era día claro, el cielo estaba encapotado, iban por una carretera asfaltada.

—De momento, a la ciudad.

Tardaron una hora por lo menos en penetrar en la ciudad. Eso no significaba nada, dado que él no podía comprobar qué ruta iban siguiendo.

—¿Adónde?

Se lo dijo. Había escogido el mejor lugar posible para dejar suelta y libre a Olga. Plaza céntrica, mucho tránsito, policías, la Oficina Central de Correos.

—Tengo que verla marchar yo.

—La verá.

Llegaron. La ambulancia se detuvo, pudo sentarse y mirar por la ventanilla de comunicación. A su espalda Emil sacó la navaja, la abrió y se la acercó al cuello. Amanda se colocó de modo que desde fuera, nadie pudiese notar aquello.

En el asiento delantero iba el otro guardián, con bata blanca, conduciendo, y a su lado a quien golpeará la noche anterior en su fallido intento de fuga. Estaban en el lugar indicado por él, lleno de ajetreo. Pudo ver a un par de agentes dirigiendo el ruidoso tránsito; también a un policía parado en el borde de la acera, contemplando todo con abulia.

Un coche negro con placas diplomáticas de la joven nación negra estaba detenido justo delante de la ambulancia. Del mismo salió Olga, vestida con un conjunto sencillo, femenino, que sin duda le habían facilitado los negros a cambio de sus embarradas ropas de excursión nocturna. Con ella salió Ngoro. Hablaron algo, miraron en su dirección. Podía verla, hermosa, elegante, fascinadora, única. Su amor...

Sintió de pronto un agudo dolor en el pecho, de una especie hasta ahora desconocida para él. No volvería a conocer el contacto de su cuerpo de leona joven; ni el dulce, a pesar de todo, de sus labios. Tal vez ella llegara a sospechar por qué lo hizo; que, a la postre, un bribón descarado también podía llegar a enamorarse limpiamente. Olga dio vuelta y se alejó con paso firme por la acera, sin demasiada prisa; llegó a la cercana parada de taxis, se metió en uno y, a poco, el vehículo arrancó. Aún pudo ver su bello rostro fugazmente cuando cruzó en dirección opuesta. Ya estaba libre, a él se lo debía. «Deuda saldada, amor. Y adiós...».

CAPÍTULO X

—Bien, señor Raglan, cumplí mi palabra. ¿Dónde están esos documentos?

El diablo lo sabría, que no él. Pero había que intentarlo.

—Vamos al Museo de Arte Africano.

—¿Allí?

Era tan buen lugar como otro cualquiera, se le había ocurrido. Al menos le serviría para ganar tiempo; tal vez a Ngoro se le pudiese engañar, después de todo.

Pero Ngoro era muy difícil por lo visto de engañar.

—Díganos dónde exactamente, señor Raglan.

Habíanse detenido ambos vehículos a corta distancia uno del otro, en la calle amplia y bien transitada donde se ubicaba el moderno y elegante edificio del Museo de Arte Africano, inaugurado pocos años atrás. Por una de esas cosas que pasan, él, Roy Raglan, al llegar a esta ciudad siguiendo las detalladas instrucciones del Servicio habíase ido allí dentro a matar un par de horas; pudo aprovecharlas recorriendo las salas. Era bastante experto en arte negro, le gustaba, de modo que ahora recordó sin dificultad algo de lo que había visto.

—Sé que está en la sala de arte del Benin...

—Hay tres dedicadas al Benin.

—Tallas y esculturas del siglo XVI.

—¿Qué más?

—Los documentos están en el interior hueco de una de esas estatuas.

—¿En cuál?

—No estoy seguro.

—No agote mi paciencia, tengo poca. ¿En cuál?

La navaja de Emil en su cuello era una desagradabilísima sensación. La voz de Ngoro sonaba imperiosa, cortante. Amanda tenía una expresión casi de súplica; sin duda no quería verle degollado, ni comido por hormigas.

—Le digo la verdad. Hay un empleado ahí dentro, es un hombre

gordo, con cara de pocos amigos, muchas cejas, la nariz bulbosa... Había un vigilante de tales señas allí dentro; lo vio y tuvo una pequeña controversia con él a propósito de si un visitante podía tocar o no las obras expuestas para comprobar su autenticidad. Aquel hombre no entendía nada de arte negroafricano, pero en cambio tenía una obtusa y excesiva opinión sobre sus propias prerrogativas. No le sentaría mal un pequeño susto.

—Me tenía que indicar el objeto exacto y facilitarme que lo destapara, o abriera, para apoderarme de los documentos. Es todo lo que puedo decirle.

—Espero que sea la verdad. Por su bien. No le pierdan de vista.

La voz de Ngoro dejó de sonar. Sin duda él y su ayudante irían ahora a comprobar la veracidad de su información. Mientras llegaban a aquella sala, examinaban las obras allí expuestas, buscaban al hirsuto guardián, que no tenía por qué estar precisamente allí, le daban el santo y seña que Raglan se había inventado sobre la marcha, se enzarzaban con él...; siempre pasaría su buena media hora. Menos da una piedra, porque Ngoro no había caído en la trampa sacándolo y llevándolo al interior del museo, donde un buen y oportuno escándalo le habría permitido tal vez escapar.

Amanda tenía una expresión ligeramente ansiosa. Buena chica, una gran pena no poder tratarla más y mejor.

—¿Un cigarrillo?

—Eres un encanto.

El cigarrillo ayudaba a calmarse, a pensar. Si hallara un medio... Pero tenía la muñeca derecha amarrada a un barrote y Emil su mortífera navaja de afeitar en la mano. Aunque gritara de nada iba a valerle una vez degollado.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Se enamoró de ella?

Condenadas mujeres... Los ojos negros y húmedos de Amanda tenían un calor muy grato ahora, ella había intuido su secreto, a la postre era mujer. Sonriendo melancólico, asintió:

—Parece una buena broma, ¿verdad?

—Así que la ama. Sí, es muy hermosa, además tiene una gran seducción, lo tiene todo. Lo siento. Pero si nos ha dicho la verdad le queda la esperanza de volver a verla y conseguir su amor. Usted también es un hombre poco común.

—Te daría un beso por lo que has dicho, pero éste no me iba a dejar, lo tomaría por acto sospechoso. No, pequeña, no hay nada que hacer.

—¿Por qué?

Pronto iba a saberlo. Sin embargo, algo le impulsó a ser sincero en el otro sentido.

—Tú lo has dicho, es excepcional. Y a sus ojos sólo soy un bribón sin demasiados escrúpulos, buscafaldas, insolente, nada de fiar. Nunca me hará más caso del que haría una reina a un salteador de caminos.

Dos chispas maliciosas saltaron de los bonitos ojos de la negra.

—Creí que era un experto en mujeres...

—Sólo en cierto sentido. Te confiaré un secreto; no lo digas a nadie. Sólo soy un imbécil presuntuoso. A vosotras hay que trataros más de tres semanas para llegar a conoceros; y tres semanas es lo máximo que permanecí nunca junto a una mujer, excepción hecha de mi madre, que no cuenta para el caso.

—Puede que, en efecto, no entienda gran cosa de nosotras, las mujeres, señor Raglan...

Lo dijo con un retintín que en otra ocasión habría alertado a Raglan. Pero ahora él estaba demasiado preocupado por los problemas inmediatos.

Ya estarían Ngoro y su ayudante husmeando en la sala del Benin. No tardarían en inquirir por el empleado hirsuto. Volaban los minutos, luego..., miel y hormigas *simba*, una diabólica combinación y adiós, Roy Raglan.

Terminó el cigarrillo y lo tiró al piso del vehículo, aplastándolo con el pie.

En el mismo instante alguien subió a la cabina de la ambulancia; acto seguido se escuchó un golpe seco en la ventanilla de comunicación, saltaron hechos añicos los cristales y por allí penetró un objeto cilíndrico que cayó entre los pies de Amanda y de Emil, comenzando a soltar humo denso, blanco.

La negrita gritó sobresaltada, el negrazo vaciló, navaja en mano. Por si acaso, Raglan actuó instintivamente, dejándose caer hacia el lado opuesto para evitar el filo de la navaja de afeitar y, a la vez, encogió ambas piernas pateando a Emil, que pareció haber sido tomado de sorpresa, gruñó y salió contra la parte trasera de la

estrecha cabina, perdido a medias el equilibrio. Un instante después, a las narices de Raglan llegaba el olor inconfundible del gas. Y casi enseguida la ambulancia realizó una serie de brucas maniobras que terminaron haciéndola salir disparada, a todo sonar su sirena, mientras alguien colocaba velozmente un plástico ante el roto cristal.

De ese modo, todo el gas se lo iban a tragar ellos. Su única esperanza consistía en que a Emil no le diera por la tremenda. Se lo gritó mientras se disponía a detener como pudiera su eventual ataque, pero el negro mudo no parecía de momento interesado en degollarlo. Trataba de recuperar el equilibrio perdido por su patada y los subsiguientes bandazos de la ambulancia; pero ya el interior de la misma estaba llenándose de humo acre y tanto él como Amanda y el propio Raglan, comenzaron a llorar a porfía, entre toses espasmódicas.

—¡Romped... algún cristal...!

No les dieron tiempo. Tal vez habrían recorrido tres o cuatrocientos metros cuando la ambulancia pegó un viraje brutal a la derecha, paró de tocar la sirena y frenó en seco. Mientras los tres de dentro trataban de conseguir aire, lo que logró al fin el propio Raglan rompiendo el plástico que le habían puesto al agujero de la ventanilla. Quienes tan dramáticamente acababan de intervenir en la fiesta abrieron la furgoneta por fuera, dejando salir el humo. Eran dos, llevaban puestas sendas caretas antigás; empuñaban sendas pistolas y uno de ellos también una recia porra de goma, con la que envió a dormir de modo contundente a Emil sin permitirle usar su navaja. Acto seguido lo arrastraron, tirándolo al suelo, uno entró y le plantó a la negrita la pistola en la frente, indicándole por señas que le diera la llave de las esposas que sujetaban a Raglan. Amanda no se resistió a tan drástica conminación. Metió mano al bolsillo de su bata de enfermera, la sacó y se la dio. El tipo aquel tardó diez segundos en abrir las esposas y, con la pistola, indicó a Raglan que saliera, echándose él previamente fuera. Tosiendo y lagrimeando a todo meter, Raglan se dijo que peor de lo que estaba no podía estar, obedeció a trompicones y se vio en una calle más bien solitaria. Uno de los enmascarados lo agarró por el brazo derecho y lo empujó veloz hacia un automóvil grande que estaba allí mismo, pocos pasos detrás de donde la ambulancia se había detenido. Poco después

Raglan entraba, ciego y aturdido por el gas, dentro del automóvil, en la parte trasera, tropezándose con alguien que estaba allí ya. Inmediatamente el vehículo se puso en marcha, alejándose a toda prisa de aquel lugar.

Apretujado entre el que ya estaba dentro y el que entró tras él, Raglan sólo podía de momento llorar y estornudar a ritmo de ametralladora. Fue lo que hizo mientras el automóvil corría a buena velocidad por calles y calles, hasta que le metieron en la boca el gollete de una botella de plástico que resultó estar llena de leche fresca. Tragó ansiosamente, aceptó el pañuelo que otra mano solícita le puso en la diestra y se enjugó mal que bien las lágrimas. El fresco viento húmedo que entraba por la abierta ventanilla pegándole de lleno, alivió poco a poco sus padecimientos, pero aún no podía abrir los ojos, convertidos en dos fuentes y escociéndole a rabiarse, aparte de que sus pulmones llenos de gas le hacían toser de manera incesante.

De todos modos, poco a poco y gracias a la leche fresca, al aire limpio y la velocidad de marcha, se fue aliviando lo suficiente para poder abrir los ojos y mirar a ambos lados.

A su derecha estaba el mudo de aspecto mediterráneo al que Emil y Amanda acogotaron antes de llevárselo de aquella clínica donde Olga y su amigo le tenían secuestrado. Se había quitado la máscara antigás, dejándola en el piso del coche; empuñaba una pistola con silenciador que ahora estaba presionándole el hígado muy discretamente y le miraba con cierta sorna.

A su izquierda se encontraba el impecable amigo de Olga, mirándole también con ironía mientras fumaba parsimoniosamente. Delante iba, conduciendo, el otro que se apoderó de la ambulancia.

—¿Se encuentra bien, Raglan?

De modo que iba de la sartén al fuego y del fuego otra vez a la sartén...

Entre dos toses, Raglan dio rienda suelta a su repentina irritación.

—Me encontraría mucho mejor si todos ustedes dejaran de preocuparse tanto por mi salud. ¿De dónde diablos han salido tan oportunamente?

—Procuro estar siempre en el sitio justo a la hora exacta, cuando el asunto lo merece.

—Ya. ¿Dónde está Olga?

—A salvo. Creo que me encuentro un poco en deuda con usted, Raglan. Además, me he convencido de que el otro día me dijo la verdad después de verme forzado a aplicarle aquel desagradable tratamiento.

—Hombre, eso no lo esperaba. De modo que encontraron los documentos...

—No, por la sencilla razón de que jamás estuvieron allí.

—Entonces no lo entiendo.

—Se lo explicaré con más claridad. Al pronto creí que, en efecto, se había burlado de mí y eso me encolerizó. Luego supe la traición de esos dos negros que había contratado creyéndoles seguros. Seguidamente averigüé que trabajaban para Douglas, Ngoro, el cual había llegado de absoluto incógnito a este país con el mismo propósito que yo y que otros. Me costó treinta ajetreadas horas averiguar dónde Ngoro le tenía secuestrado y, también, que usted había sido enviado aquí para estropear la verdadera pista, echándose encima a todos cuantos vamos tras esos documentos.

Me había sido totalmente sincero al decirme que se ocultaba en ese edificio bancario; eso le hicieron creer quienes le contrataron conociendo sus buenas y malas cualidades. Después de todo Olga tenía razón, usted sólo es un bribón audaz y afortunado, una curiosa mezcla de aventurero, soldado de fortuna,

play-boy

, oveja negra de buena familia, pillo redomado y agente secreto, al que no se le confiaría en serio una tarea como la que le hicieron creer que iba a realizar.

—Sin embargo vinieron a sacarme de aquel lugar y ahora han repetido con más fortuna la intentona.

—Hay una explicación. Se la daré dentro de un rato, cuando se le pasen los efectos del gas. Quiero que esté del todo despejado.

CAPÍTULO XI

—Tome, acabará de sentarle el estómago.

Era un excelente licor sin duda. Raglan lo apuró y saboreó mientras su cerebro se movía a toda máquina y sus ojos no se apartaban de la cara de su interlocutor.

Habían corrido unos kilómetros antes de llegar a este chalé es una silenciosa y tranquila, hermosa barriada residencial. Ahora estaban en un *living* muy moderno y del todo impersonal, solos frente a frente. Pero al menos había dos tipos allí fuera muy bien armados y capaces de darle un serio disgusto si se desmandaba, cosa que no pensaba hacer por el momento.

—Ante todo, Raglan, diré que le creo lo bastante inteligente para advertir todas sus posibilidades en esta situación y lo bastante sensato para no desaprovecharlas. Ni me voy a disculpar por lo pasado ni voy a halagarle con vistas al futuro.

—Es muy amable por su parte tratarme con toda sinceridad.

—Quiero llegar pronto al fondo de la cuestión. Antes me preguntó por qué me estaba tomando tanto trabajo y molestias para libertarlo de las manos de Ngoro. Bien, aún convencido de que sólo es un zorro lanzado arteramente ante la jauría para desviarla del lugar donde realmente pasta el ciervo, tengo mis razones para suponer que quienes le dieron esta misión estaban seguros de que no saldría vivo. Si ahora usted reaparece como si tal cosa, van a pensar que algo falló en sus cuentas y se apresurarán a entrar en contacto, para averiguar lo que le ha sucedido. Por eso anoche fuimos Olga y yo a inspeccionar esa casa donde le retenían, a fin de ver el mejor modo de sacarlo de allí antes de que Ngoro descubriera lo que nosotros ya sabíamos, o sea que usted ignora el escondrijo de los documentos, y decidiera cerrarle la boca de modo drástico, total.

—Qué amables...

—Nada de eso. Nos interesaba salvarlo para ofrecerle un trato. Olga se adelantó mientras yo me quedaba en el coche, y otro de mis ayudantes se fue a husmear por el lado opuesto de la finca. Entonces parece que usted había logrado de algún modo zafarse de

la vigilancia de sus guardianes y escapar; vino a parar directamente, por curioso azar, ante Olga, que lo atrapó y lo trajo hacia donde yo esperaba. Lamentablemente usted decidió atacarla a medio camino y mientras pugnaban llegaron los hombres de Ngoro. No pude hacer nada, estaba demasiado lejos y no soy hombre de acción, ni tengo edad para esos juegos. Lo que hice fue preparar mi inmediato ataque a esa finca para liberar a Olga y, si podía, a usted. Pero poco antes de completar mis preparativos mis hombres ya cercanos a la finca vieron salir a Olga en compañía de Ngoro en un coche de la embajada de su país y detrás a la ambulancia en que lo llevaron a usted del lugar donde yo le tenía. No podía saber qué estaba ocurriendo, tampoco me quedaba otra opción, así que organicé la caza sobre la marcha. Cuando vi que soltaban a Olga en aquella plaza me llevé una gran sorpresa, pero luego me lo explicó todo cuando la recogí. De golpe y porrazo me encontré en deuda con usted, aparte de seguir necesítándolo. De modo que, como uno de mis hombres había seguido hasta delante del museo a la ambulancia y vio cómo Ngoro y otro hombre entraban aprisa en él, pero a usted no lo sacaban, decidí montar su rescate sobre la marcha. Las máscaras y las granadas de gas combinado ya las trajimos, para asaltar la finca. Lo demás ya lo sabe.

Hizo una breve pausa para llenarse la copa y llenar también la de Raglan, que procuraba no demostrar nada de lo que estaba pasando por su cerebro, bebió un pequeño trago y habló de nuevo:

—Voy a hacerle una propuesta que espero aceptará, Raglan. Ayúdenos a conseguir esos documentos y mi anterior oferta sigue en pie. Ahora que ya sabe lo que le hicieron sus amigos del Foreign Office y el Intelligence Service, no me parece que sienta tantos escrúpulos como la otra vez. Tampoco se trata de revelar un secreto que haya prometido guardar, sino de ayudarme.

—¿Por qué quiere esos documentos? ¿Quién es usted? ¿Por qué no está Olga aquí y qué lazo les une a los dos?

—Contestaré concisa y claramente a sus cuatro preguntas. Represento a los intereses que salieron fuertemente perjudicados cuando el presidente Macumbe fue asesinado y otros tomaron el poder. Los documentos reunidos por el general Langhor nos permitirán probar nuestra inocencia en todo aquel desagradable asunto; recuperar, si no todo, parte de lo perdido a raíz de aquellos

hechos. Mi personal identidad no creo que le interese realmente, prefiero por ahora mantenerla en el incógnito, ya que de incógnito estoy ahora mismo en este país, Olga no está aquí porque no lo he considerado conveniente. El lazo que nos une es el del matrimonio. Está casada con alguien a mí muy allegado.

Raglan respiró hondo. Contestadas todas sus preguntas clara y concisamente, en efecto.

Hubo un breve silencio, lo rompió su interlocutor.

—Sospecho qué le ocurre, Raglan. Confieso que no me sorprende demasiado, aunque no lo esperaba en usted, dada su fama, pero sé cuán profundamente Olga afecta a los hombres.

—¿Por qué no está su marido aquí, con ella?

—No puede. Un accidente con fractura de vértebras le paralizó medio cuerpo de por vida. Ella es mucha mujer, en todos los sentidos. Se casó enamorada y su matrimonio duró nueve semanas escasas. Por eso la afectó tanto su audaz oferta de matrimonio. A propósito, ¿por qué se la hizo?

—Ni yo mismo lo sé. De repente sentí un loco deseo de decir algo inesperado, algo que ella no pudiera contrarrestar.

—Ya... Bien, pues ya lo sabe. Olga tiene, ha tenido, dos amores: su padre y su esposo. Es muy apasionada, muy leal; no admite ciertas situaciones y actitudes hoy en día por desgracia muy comunes. Por eso está aquí conmigo y actuando como actúa. Su padre la educó de esa manera, ella adoraba, es la palabra justa, a su padre; quiere a toda costa limpiar su reputación. Sabemos que entre los documentos del general Langhor está la prueba absoluta de que el coronel Bryce nada tuvo que ver con el complot que asesinó al presidente Macumbe y fue, en cambio, asesinado porque sabía demasiadas cosas y podía probarlas, exactamente igual que le ocurrió después al general Langhor. ¿No va a ayudarla en ese empeño, Raglan? Es una hermosa tarea para un aventurero de su talla.

Una hermosa tarea... Roy Raglan estaba sintiendo una honda melancolía tal como jamás antes la sintiera, mezclada con un regusto amargo, no desagradable, y una alegría triste, si valía la antinomia. Sonrió y repuso irónico:

—Para un maldito bribón. No olvide que fueron esas sus palabras. También sonrió, blandamente, aquel hombre.

—Admito que estaba un tanto equivocado. De humanos es errar. Volvieron a guardar silencio. Se estaban estudiando, ambos sabían que el otro era un rival de talla. Finalmente Raglan dijo:

—¿Cuál es su plan?

—¿Significa que acepta?

—Hasta un truhán redomado tiene alguna vez un rasgo idiota, o romántico, como le plazca.

—Bien. Mi plan es sencillo. Ahora mismo, aparte de Ngoro, que estará furioso, hay en esta ciudad un escogido grupo de *gangsters* empujados por la esperanza de recibir un fuerte premio si lo capturan, y otro no menos selecto equipo de agentes secretos y aventureros también acuciados por la promesa de grandes primas, cribando la ciudad y sus alrededores tras su rastro, pues están firmemente convencidos, al igual que sus empleadores, de que usted conoce el escondrijo de los documentos y se halla oculto en alguna parte de la ciudad, aguardando una oportunidad para escapar y sacarlos del país, llevándoselos a Inglaterra o entregándoselos a quienes han de hacer el transporte. El primer grupo, a cuyos miembros ya conoce, ha sido aumentado tras lo ocurrido cuando Olga lo sacó de aquel edificio de oficinas, ahora son nueve hombres y dos mujeres. Están a sueldo de los que en estos momentos detentan las concesiones más importantes en ese país; gente que, es obvio, no tiene ningún interés en que los documentos sean hechos públicos. El segundo equipo, de doce o catorce hombres y al menos tres mujeres, pues son notorias las aficiones de usted, lo ha reunido y enviado el grupo de políticos y potentados que provocaron el asesinato del presidente Macumbe y se apoderaron acto seguido del poder, entregando las riquezas de su país a quienes ahora las detentan luego de arrebatárselas a mis representados y obteniendo a cambio muy sustanciosos beneficios de todo tipo que, como es lógico, desean retener. También a ellos les interesa la destrucción de los documentos, pero, al igual que al grupo anterior, no de todos, sino de una parte, pues los demás posiblemente les puedan servir para otros fines. En cuanto al actual gobierno del país, representado por Ngoro, quiere los documentos para hacer públicos todos aquellos que le permitan desprestigiar a sus enemigos políticos y activar la campaña xenófoba, guardando los que no conviene a sus actuales intereses darlos a la luz.

—Total, que en cuanto asome las narices a la calle ya puedo echar a correr como el zorro del símil.

—Más o menos. Con la diferencia de que estaré respaldándole y ya sabe cuál es su exacta posición en la partida, lo que arriesga y lo que puede ganar.

—Hum... ¿Qué hay de mis amigos del Foreign Office y el Intelligence Service? A estas horas ya deben haber cogido esos malditos documentos, sacándolos del país.

—Me consta que no. De ser así no estarían cinco de los mejores agente del Service ahora mismo en esta ciudad, procurando pasar desapercibidos y sin tomar ninguna iniciativa. Deben estar esperando noticias sobre usted, la seguridad de que nos han engañado a todos, antes de que el verdadero encargado de coger y llevarse los documentos decida dar el paso decisivo.

—¿Conoce su identidad y dónde se encuentran?

—Claro que sí.

—¿Qué quiere concretamente que haga?

—Nada muy complicado...

Aquel hombre tenía a todas luces un cerebro muy lúcido, habituado a hacer planes; sólo los muy avezados pueden conjuntar algo cuya sencillez resulta magistral. Escuchándole, Raglan se hizo tantas preguntas como casi respuestas diose a otras que bullían en su mente. Estaba sintiéndose incómodo a la vez que irritado y desconcertado, cosa que en muy pocas ocasiones le sucedía, sobre todo con tanta intensidad. Era como leer una novela a la que faltaran acá y allá varias páginas en las cuales precisamente se describieran o relataran hechos clave de la narración; o estar escuchando una sinfonía muy bien trabajada, con exceso incluso, pero también con mecánica frialdad, en muchos pasajes, mientras que en otros brotaban compases disonantes, tonos fuera de lógica, desarmonías flagrantes.

—Eso es todo. Necesitará audacia, decisión, astucia y mucha habilidad, pero de todo eso tiene dadas mu chas pruebas.

Un modo muy hábil, desde luego, de halagar su notoria vanidad. Bien, si tal era su fama, ¿por qué no actuar de acuerdo con ella? Tal vez así lograría entender lo que ahora le resultaba ininteligible.

De una cosa estaba seguro. Detestaba cordialmente al frío, elegante, persuasivo y dominador amigo de Olga Bryce; lo detestaba de un

modo lúcido, absolutamente intelectual.
Pero que le nacía del corazón.

CAPÍTULO XII

De nuevo en la calle, libre y dueño de sus movimientos en apariencia. Era el zorro echado a los perros en medio del bosque; disponía de una ciudad bimillonaria en habitantes donde no podía contar absolutamente con un amigo; con nadie que le echara una mano; tenía que fingir que cumplía unas determinadas y concretas instrucciones a sabiendas de estar siendo vigilado de cerca y hacerlo de modo que sus vigilantes no sospecharan que, en realidad, jugaba su propio juego, a su estilo y con sus propias metas. Debía haberlo contando con que en la ciudad se movían en aquellos momentos dos o tres docenas de tipos peligrosos husmeando su rastro, conociendo su cara, su modo de andar y hasta era posible que de mirar a las mujeres guapas.

Seguro que sí. Tenía una gran fama de desenfadado buscafaldas, por eso cada jauría de alanos llevaba como refuerzo a unas cuantas hembras. Estupendas muchachas de cuerpos hermosos y caras preciosas, con miradas ardientes y bocas tentadoras; el mejor de los cebos para Roy Raglan, que nunca supo desprenderse de una buena, moza. Y también conocerían sus gustos, sus aficiones, hasta sus fobias. Estarían buscando a un hombre perfectamente definido.

A un zorro. Un zorro sin ninguna gana de perder la piel en aquella cacería. Alguien en alguna parte había cometido un pequeño error, no contó con cierto imponderable; un error muy disculpable, desde luego, él mismo se habría reído de buena gana si antes de comenzar la fiesta le hubieran dicho...

Había comenzado a llover, una lluvia mansa, molesta, fría, gorda. En cierto sentido era una ventaja.

Y él seguía teniendo suerte. Casi en sus mismas narices un taxi se detuvo, dejando a una mujer de edad mediana, gorda, emperifollada y repeinada; la clásica señora de clase media en cualquier país occidental, tan cargada de paquetes como cualquiera de ellas a aquella hora. El taxista era un hombre de edad madura que no parecía mala persona y le preguntó, muy amable, adónde quería que lo llevara.

—De momento hacia el centro.

Cinco minutos después se sabía seguido discretamente, pero no tanto que él no pudiera advertirlo. Dos automóviles se estaban turnando en la tarea. Su buen amigo, el socio de Olga, sabía que él iba a notarlo, pero ya le advirtió que pensaba protegerlo.

—Oiga, amigo. Estoy seguro de que usted sabe de alguna tienda donde vendan ropa usada. Uno de esos lugares donde el hombre prudente con poco dinero puede conseguir un equipo en buen uso. El taxista conocía varios de aquellos lugares y era, en efecto, hombre servicial.

—... La tienda ésa es, para mi gusto, la mejor del ramo.

Estaba en una calle de la zona antigua, más bien estrecha y más bien sucia. Raglan le pasó, a la entrada, una cantidad que cubría con creces el valor de la carrera y le habló con la sonrisa en los labios:

—Quédese lo que sobra. Al llegar ante esa tienda para lo justo para que yo baje, luego arranca y sigue su camino.

El taxista se puso nervioso y algo malhumorado.

—Oiga, no será...

—Nada que pueda causarle molestias, palabra. Usted es un buen hombre, olvídense de mí en cuanto me haya soltado y si le preguntan diga que simplemente le mandé parar de improviso. Que no le van a preguntar, porque el marido de la mujer que me ha metido en este brete lo único que quiere es lograr pruebas para una demanda de divorcio. Y yo estoy casado con una buena esposa.

Era la clase de historia que un tipo como aquel taxista podía tragarse y así pareció suceder.

—Condenadas mujeres, siempre lo meten a uno en líos... La mía es...

Como tantas y tantas, la penitencia por las estupideces juveniles de un pobre hombre. Pero él no estaba para escucharle las cuitas al taxista, la suerte le seguía ayudando, un camión de reparto domiciliario había entrado después de ellos en la calle y entre él y los coches estacionados a uno y otro lado de la calzada no dejaban espacio para que un turismo adelantara. Le llevaban unos treinta metros al camión y allí delante había una furgoneta que excedía de la línea de turismo.

Abrió la portezuela sin que el taxi terminara de parar y salió con la

agilidad de un gato, cerrando y saltando al amparo del motor de la furgoneta demasiado aprisa para que sus seguidores, obstaculizados por el camión, le pudieran descubrir la maniobra. El taxi apenas si se detuvo diez segundos, reanudó marcha y se alejó, recuperando el terreno perdido, mientras él llegaba a la acera y se cubría con la furgoneta.

Pasó el camión sin ninguna prisa. Luego un turismo conducido por un hombre joven con cara de cretino que mostraba impaciencia. Luego el coche donde iban dos de los hombres del amigo de Olga.

Aquel par estaban inquietos e impacientes también; hablaban entre sí. Y resultaron una estupenda sorpresa para Roy Raglan al tiempo que, de golpe, le desvelaban no pocas incógnitas, dándole respuestas a una teoría de preguntas hasta entonces insolubles.

La tienda de ropa usada era un establecimiento típico en su género y lo mismo podía afirmarse de su propietario y dependientes. Acogieron a Raglan con absoluta indiferencia comercial, escucharon sus deseos y lo invitaron a escoger en un ciertamente surtido muestrario. Mientras lo hacía, el cerebro de Raglan galopó como una lanzadera, ensartando recuerdos de todo tipo, próximos y lejanos.

Cuando una hora más tarde abandonó aquel establecimiento, su aspecto había cambiado mucho, tanto como para que no resultara fácil reconocerlo. Una recia trinchera le protegía de la fría lluvia, una bufanda de lana y un sombrero de fieltro hacían difícil verle bien las facciones.

Como era hora de alimentarse y tenía hambre, entró en un restaurante barato, donde por poco dinero tranquilizó a su estómago con una comida si no bien guisada, sustanciosa. En un bar de tres al cuarto hizo tiempo hasta la hora de apertura de los comercios, entonces visitó una óptica y luego un comercio de guardarropía teatral. A las cinco de la tarde era un individuo más bien desgachado, con oscuras melenas y barba de anarquista, nariz gorda y lentes de anticuada, no mucho, montura, que llevaba en la mano uno de esos maletines desgastados tan característicos de ciertos representantes de comercio y vendedores ambulantes de cosas más o menos innecesarias. No había dejado un solo momento de revolver ideas y recuerdos.

Seguía lloviendo y haciendo un frío razonable cuando entró en otro

bar de medio pelo, pidió una copa y la guía de teléfonos. Buscó determinada calle y se detuvo en cuatro de las direcciones, anotándolas. Luego inquirió por el medio más seguro de llegar hasta aquella calle y gracias a una propina poco habitual consiguió que se lo indicaran.

No estaba lejos, por fortuna, ya que no había un solo taxi libre a la vista y los autobuses públicos iban repletos. Se trataba de otra de aquellas calles estrechas, descuidadas, sucias, repletas de automóviles vulgares estacionados y donde los bajos aparecían ocupado por negocios de poco pelo, pues el vecindario no daba para más.

Le abrió una mujerona repintada de ojos duros y recelosos, que escuchó hosca su cortés pregunta.

—No, yo no soy la señora que busca. Ella nos traspasó el negocio hace un par de años. ¿Un negro? ¿A qué vienen tantas preguntas? Déjeme pensar un poco. Pase, pase, que aquí hace frío y mucha humedad —la casi cordial invitación fue hecha mientras su gorda garra atrapaba y se guardaba uno de los billetes de Banco que horas antes Raglan recibiera del amigo de Olga Bryce—. Pues sí, ahora que lo menciona vino uno, hace ya bastante tiempo, preguntando por ella. Se había alojado aquí al parecer, en sus tiempos de estudiante. Claro que sé dónde vive. No hicimos un buen negocio con la pensión, no crea. Le dimos un tanto al contado y le pasamos todos los meses una cantidad.

Tampoco era necesario caminar mucho para llegar al domicilio de la anterior propietaria de aquella casa de huéspedes. Como suele suceder, la buena señora, al retirarse de los negocios, no había querido, o sabido, alejarse del barrio donde viviera durante muchos años. De todos modos esta casa era más moderna, más decente, sin ser nada del otro jueves, incluso contaba con ascensor. A la llamada de Raglan contestó una voz femenina desconfiada al otro lado de la puerta.

—Buenas tardes, señora. Mi nombre es Raglan. Usted no me conoce, soy amigo de Gilbert Dyango, tal vez a él sí le recuerde, se alojó dos años en su pensión mientras estudiaba.

La puerta se abrió y ante él apareció una mujercita menuda, pulcra, de muy agradable aspecto; de unos sesenta años de edad o acaso más, pero muy bien llevados, estaba acogiéndole sin reparos, con

amable sonrisa.

—Pase, pase usted. Así que es amigo de Gilbert. ¿Cómo está él? Hace tanto que no le veo. Me prometió escribirme, pero debió olvidársele.

Era la clásica viejecita cordial, simpática, activa. «Durante dos años me alojé en aquella pensión. La propietaria era una mujer encantadora, viuda sin hijos de un funcionario colonial; se ayudaba explotando aquel negocio porque afirmaba que no servía para estar ociosa. Creo que era la única en el barrio que no ponía reparos a alojar negros, sólo exigía a todos sus clientes limpieza y buena educación. La verdad es que se comportaba con nosotros como una madre y todos la mirábamos un poco como si lo fuera...». Más o menos, aquéllas habían sido las palabras de Gilbert Dyango, el joven e inteligente abogado amigo y algo pariente del general Langhor, en cierta ocasión que rememoró sus tiempos de estudiante en esta ciudad donde ahora él, Raglan, se encontraba. Se habían conocido cuando él, Raglan, estaba en el país poco menos que recién independizado realizando el tipo de tareas que le gustaban; instructor de los guerrilleros y comandos que el gobierno preparaba para combatir a la subversión fomentada contra él por quienes en la actualidad detentaban el poder. Dyango tenía entonces un puesto de relativa importancia en el Ministerio de Asuntos Exteriores; por esas cosas que pasan intimó con Raglan. Luego el contrato de Raglan acabó, abandonó aquel país y no volvió a saber de Dyango hasta que en el Foreign Office le contaron para qué lo convocaban.

Al parecer, Gilbert Dyango había sido víctima de un automovilista borracho en una céntrica calle de esta ciudad donde ahora él, Raglan se encontraba. No hubo dudas posibles sobre la causa de su muerte. Pero él se encontraba de riguroso incógnito en aquel país, en la ciudad donde fue víctima del quinto caballo del Apocalipsis. Acababa de llegar, prácticamente, en vuelo directo desde su patria, al parecer para disfrutar de unas cortas vacaciones en compañía de su esposa y sus dos hijos de corta edad. Pero la verdadera razón de tal viaje había sido poner a buen recaudo los importantísimos documentos reunidos por el general Langhor, ya que éste se disponía a tirar de la manta y dar la batalla al crimen y la corrupción a alto nivel que estaba estrangulando la economía y amenazando el desarrollo futuro de su joven país; quería a la postre

asegurarse de que no iba a sucederle lo que en definitiva le pasó.

Dyango sólo estuvo veinticuatro horas en la ciudad. En ese espacio de tiempo alquiló una caja fuerte en el Banco del Oeste de Africa, abrió una cuenta corriente y firmó la orden para que el alquiler de la caja se cobrara de aquella cuenta; visitó la embajada de su país y se llevó de allí una valija llegada por el correo diplomático veinticuatro horas antes de su propia arribada a la ciudad. Luego había sido atropellado cuando cruzaba una calle grande por un paso de peatones abierto para éstos, por un hijo de papá cargado de licor, que tenía prisa por llegar con sus amigos a una sala de brincos y aullidos. Murió instantáneamente al ser proyectado contra la acera y golpearse el cráneo contra el poste del semáforo.

El Office y el Service no sabían más de aquel misterioso viaje de Dyango, sino que vino a esta ciudad a ocultar los documentos que le confiara Langhor, que nadie, por aquel entonces, sospechó fuera aquél su objetivo y su muerte fue puramente accidental. Luego, Langhor había sido asesinado. Luego alguien, desde esta ciudad, se había puesto en comunicación con el Office advirtiéndole que tenía la pista válida para dar con el escondrijo de aquellos documentos, pero que sólo la daría mediante cierta compensación y con determinadas condiciones. A él se le encargó precisamente de realizar el contacto, porque una de las condiciones parecía ser que no fuera un agente secreto profesional el enviado, pues por lo visto el misterioso comunicante sospechaba la existencia de una infiltración en el Service, cosa por otra parte nada insólita y que los hechos habían probado ser exacta.

Él, vino, hizo punto por punto lo que se le había indicado que hiciera y a su debido tiempo, en el lugar y la hora menos lógicos; un limpiabotas negro le había transmitido la información referente al Banco del Oeste de Africa, indicándole también dónde, con casi absoluta certeza, encontraría el resguardo del alquiler y la llave de aquella caja fuerte. A cambio él, Raglan, le había entregado, pegado cuidadosamente a un billete de Banco bien doblado, el resguardo de la consigna de equipajes de una estación dónde el informador, si había facilitado un correcto informe, podría retirar una maleta en cuyo interior iban cien mil libras esterlinas en billetes.

Veinte minutos después, y antes de que pudiera comprobar la bondad del informe recibido, lo atraparon del modo más tonto por

culpa de su inmoderada afición a las mujeres guapas y promisorias; llevándoselo a aquel edificio de oficinas de donde lo rescató Olga Bryce.

Pero ella y su amigo no habían encontrado los documentos en aquella caja fuerte bancaria; por eso vino todo lo demás. Y si aquellos documentos no estaban allí, una de dos, o el que le dio aquel informe mentía, cosa estúpida pues debía constarle que el Service y el Office no iban a entregarle cien mil esterlinas, por muy depreciadas que estuvieran, sin antes tener la plena seguridad de que había actuado lealmente —y por eso lo enviaron a él de cebo ahora lo sabía—, o bien no estaban porque nunca estuvieron.

Y si nunca estuvieron... «Una mujer encantadora se comportaba con nosotros como una verdadera madre...».

—Sí, fue una verdadera casualidad. Hacía cinco meses que había traspasado la pensión, ya soy vieja, tengo sesenta y siete años aunque no los aparente; me queda poca agilidad, no veo muy bien y aquello era demasiado ajetreado, aunque sentí de veras dejarlo. Me llevé una gran alegría cuando vi a Gilbert y más aún al saber que había prosperado, que tenía un buen trabajo en su país. Vale mucho ese muchacho, de veras, yo le cogí cariño, aunque era negro... Siempre he opinado que todos, sea cual sea el color de nuestra piel, somos hijos del mismo Dios; para mí todos, blancos o de color, eran iguales, sólo les exigía limpieza corporal y moral en mi casa. Eso del mal olor de los negros es un infundio, créame; si viera cómo huelen algunos blancos... No hay otra gente maloliente sino la que no usa a menudo el agua y el jabón... Como le decía, me alegró mucho verle de nuevo y saber que prosperaba, yo se lo había pronosticado. Me dijo que estaba casado y tenía dos niños, me enseñó sus fotografías, la mujer era realmente guapa, los niños dos ricuras. No los había traído; por lo visto era un viaje de negocios. Me pidió que le guardara una maleta que traía; al parecer eran cosas que no deseaba dejar en el hotel por miedo a que se lo robaran, de algún valor. Le dije que podía dejarla aquí todo el tiempo que quisiera. Ya ve, vivo sola con mis perros, viene una mujer cada mañana a hacer la limpieza más dura, porque ya mis viejos huesos no pueden con todo. Sí, claro que está. La tengo guardada en el cuarto de trastos, bueno, yo lo llamo así, es donde conservo muebles y objetos que me llevé de mi otra casa y aquí no me caben bien dispuestos. Me dijo

que vendría en persona o mandaría a alguien a recogerla, pero que probablemente tardaría algún tiempo. Han sido muchos meses, estaba un poco enfadada con él por no cumplirme su promesa de escribirme. Pero dígame que me hago cargo, no le guardo rencor. Ya ve usted, sólo soy una vieja solitaria y muy charlatana.

Era una mujercita encantadora, un verdadero mirlo blanco, inocente como una niña. Raglan pasó a su lado una hora realmente grata. Luego entró en una habitación llena de cachivaches que sólo para su dueña tenían valor, tomó la maleta de piel, recia y usada con formidables cierres, pero nada pesada, se despidió de la viejecita asegurándole que transmitiría sus saludos a Gilbert Dyango y se marchó de allí con un ligero sentimiento de culpabilidad por haber engañado a un alma cándida. También repleto de excitación.

En una papelería cercana adquirió todo lo que necesitaba, luego volvió a la antigua pensión de la viejecita y le preguntó a su actual propietaria si podría alojarle por aquella noche, contándole que había visitado a la anciana. La mujerona no tuvo en ello el menor inconveniente.

Roy Raglan no salió de la tristona habitación en doce horas. Las empleó cumplidamente. Por la mañana salió cargado con varios paquetes muy bien preparados, dijo a la patrona que iba a estar muy atareado los próximos días y le preguntó por la más próxima oficina de correos. Se fue allí y certificó todos aquellos paquetes, mandándolos a la misma dirección en Inglaterra. También una carta.

Volviendo a la pensión recogió la maleta. La había cortado para extraer su contenido y luego pegó el corte con celofán transparente, procuró mantener aquel costado oculto y la patrona ni nadie notaron nada.

Como suele ocurrir en todas las calles de todas las grandes ciudades, había basuras por todas partes; en algunos puntos cantidades ingentes. Con la mayor tranquilidad dejó la maleta en uno de aquellos montones de desperdicios y siguió su camino, lleno de exultancia el corazón. Estaba a punto de darles jaque mate a todos.

Pero también sentía mucha amargura. La estaba sintiendo desde hacía veinticuatro horas, no lo podía remediar y sospechaba que iba a durarle mucho mucho tiempo. Quizá toda su vida.

CAPÍTULO XIII

Las cosas, sin duda, ocurren porque deben ocurrir. Él iba en busca de una mujer y otra se le puso delante.

La vio apearse del autobús cuando él se encontraba a unos veinte pasos de distancia, encendiendo un cigarrillo y calculando posibilidades. Menuda, airosa, bonita, como la dulce fruta del trópico...

Con cierta amarga ironía díjose que era su destino. Y no tenía ninguna razón bastante sólida para dar media vuelta o simplemente quedarse donde estaba.

Amanda no lo esperaba, a todas luces. Al oírse llamada por su nombre respingó y se volvió veloz; al ver su estrafalaria apariencia parpadeó, desconcertada, luego debió reconocerlo y rompió a reír.

—No lo habría reconocido si no me llama ni aunque pasara rozándome. ¿Sabe que es un gran transformista?

—¿Sabes que estás muy guapa con ese vestido? Quiero hablar contigo y me dolería mucho una negativa.

Ella estaba excitada, se lo notó. También desconcertada, repleta de curiosidad. Su sonrisa fue como un estallido de granada madura.

—Hay una pequeña cafetería aquí cerca donde ahora no debe haber una rata. Estaremos cómodos.

—No me gusta. Y no quiero desprestigiarte haciéndote exhibirte por ahí con un tipo astroso, melenudo y desgarbado, que no debe tener diez centavos para convidarte a café. Además, tengo que confesarte que no poseo esos diez centavos, todo me lo gasté en mejorar mi aspecto. Y ni que decir tiene que mi herido hombro necesita los cuidados de una experta enfermera.

Ella estaba entendiéndole muy bien, se lo decían sus ojos, se lo dijo su sonrisa.

—Mi compañera de apartamento ha ido a pasar el fin de semana fuera de la ciudad; yo me disponía a hacer otro tanto cuando me ha sorprendido usted. Si le parece que se puede arriesgar...

—Seguro que sí.

Ella habitaba en un moderno edificio de apartamentos no lejos de

donde se apeó del autobús. Resultó ser uno pequeño y coquetón, un dormitorio con dos camas, un *living* y una cocina casi de juguete, pero, eso sí, todo muy limpio y muy femenino. Justo lo que Roy Raglan estaba necesitando.

—Mientras alisto la comida puede disponer del cuarto de baño.

—¿Te importa si cierro la puerta y me quedo la llave? La vida tan ajetreada que llevo me ha vuelto muy desconfiado.

—Haga lo que guste.

—Por otra parte me appena desconfiar de ti; algo me está diciendo que no eres mi enemiga.

—No lo he sido nunca. Y si lo fuera no le habría traído aquí.

—Entonces dejaré la puerta abierta y también conectado el teléfono. Amanda, eres preciosa; tienes una casita preciosa y yo me siento muy a gusto aquí. En cuanto me quite todo este disfraz y me hayas alimentado lo suficiente, te lo demostraré.

Ella demostró saber muy bien a qué se refería. Se metió en la cocina y, mientras Raglan, que a pesar de sus palabras no se descuidó y dejó abierta la puerta del baño, se despojaba velozmente de peluca, barba, nariz, lentes y demás adminículos, utilizando sin empacho parte de los artilugios de belleza femenina allí reunidos para, eliminar los restos del maquillaje, se puso a alistarle una comida que resultó abundante y sustanciosa. Después puso la mesa en la cocina ayudada por él y comieron. Durante la comida cada cual contó a cada cual lo que tenía que contarle.

—Soy enfermera diplomada y tengo mi trabajo en una clínica privada. Mi padre y mi hermano mayor están en una cárcel de mi país por sus ideas políticas, eran funcionarios del gobierno anterior. A mí me cogió aquí estudiando el cambio de régimen, tuve que buscar trabajo. Cuando me solicitaron para esta tarea se me dijo que era algo de máxima importancia; como todo el mundo en mi país había oído algo, rumores, bulos, sobre lo ocurrido, al general Langhor. Consideré mi deber de patriota cooperar, además me ofrecieron una excelente remuneración y no iba a venirme mal ese dinero. Estaba segura de que usted lograría a la postre salir con bien, no esconderé que desde el, principio me resultó simpático.

Era una muchacha encantadora. Y estaba en deuda con ella. Cuando le quitó el vendaje y dejó la herida al descubierto, limpiándosela como sabía, se lo dijo:

—Quiero demostrarte mi agradecimiento, Amanda. Para mi este asunto ha terminado, no quiero saber nada más de él; estoy harto de torturas, sobresaltos, balazos, porrazos y demás zarandajas. En cuanto me separe de ti voy a escabullirme lo más lejos posible de esta maldita ciudad. Sabes lo que me pasa, tengo dolorido el corazón, por primera vez en mi vida me siento abrumado, tristón, ansioso de olvidar y de que alguien me demuestre que todo no está cochinemente podrido en este perro mundo. En una palabra, estoy en el fondo del pozo.

La negrita sonrió.

E hizo cuanto tuvo en su mano para que Raglan volviera a ser el de antes.

Roy se despidió de la encantadora muchacha, sintiendo que renacía. Ya sabía todo cuanto deseaba o precisaba saber, de nuevo era el luchador duro de siempre. Tenía la mente despejada, un regusto agridulce en la boca y una punzada dolorosa en el corazón. Pero la vida es así y él lo sabía.

Todo su equipaje lo formaba aquel maletín deforme y resobado que adquiriera para completar su disfraz. Pero ya no llevaba el disfraz, no lo consideraba necesario.

Tampoco llevaba ninguna arma, aunque eso sí le habría gustado; pero lo único que Amanda tenía en casa eran unas tijeras largas y una navajita de manicura. Ya se las arreglaría.

Atravesó la ciudad absolutamente quieta y casi completamente silenciosa bajo la lluvia monótona y fría, en la temprana mañana de domingo. Un taxi conducido por un hombre lleno de aburrimiento lo trasladó a donde deseaba, dejándole en la puerta de uno de esos modernos hoteles que parecen contruidos en serie y luego transportados por piezas a distintos países, montándolos al lado de grandes avenidas o anchas carreteras sin la menor preocupación estético-paisajística. Aquél se encontraba ubicado junto a una moderna avenida normalmente muy transitada, pero que a la sazón era el paraíso de la calma.

A aquella hora en el vestíbulo del hotel no había la menor animación. Los empleados del mismo miraron con cierta suspicacia al individuo alto, vigoroso, mal vestido, que portaba un maletín viejo y deforme; pero el aire decidido con que atravesó hacia los ascensores impidióles abordarlo para preguntarle quién era y

adónde iba. El ascensorista también arrugó el gesto al verle, pero cuando le ordenó subirle a determinada planta obedeció sin rechistar.

A aquella hora, y en domingo, el hotel era puro silencio. Alfombras gruesas y algo desgastadas por los pies de los clientes, ahogaban los pasos. Zumbaba al fondo del pasillo de la derecha un aspirador de polvo, sordamente. Raglan se encaminó a la izquierda, consciente de que el ascensorista manteníase en el rellano, mirándole con recelo; llegó a la puerta marcada con el número trescientos diecisiete y pulsó decidido el timbre tres veces. Esperó un poco y repitió el gesto, luego miró con fijeza al ascensorista, que debió decirse no le convenía seguir figando y se introdujo en su ascensor, marchándose abajo.

Pasaron dos minutos. Luego allí dentro sonó una voz ligeramente cargada de sueño, con una nota tensa; una voz que hizo palpar más aprisa y doler al corazón empedernido de Roy Raglan.

—¿Quién llama?

—Roy Raglan.

Le pareció escuchar una ahogada exclamación. Desde luego, ella no debía haber esperado su llegada. Sintió una punzante alegría, agridulce, áspera como la pulpa aún no del todo madura del membrillo.

Y luego la puerta se abrió. Casi de golpe.

Con el magnífico cabello despeinado, una bata corta apresuradamente echada sobre sus hombros, los ojos de leona ligeramente hinchados por el sueño, pero ahora del todo despiertos y llenos de cosas capaces de hacerle estallar las venas al más templado... Olga Bryce era la pura, perfecta, intachable, abrumadora, inolvidable imagen de la seducción femenina en plena intimidad. Y a todas luces no estaba preparada para tal visita, la había cogido fuera de guardia. Tanto mejor.

También empuñaba su lanzadardos, apuntándole.

—No necesita apuntarme con su arma, señora, vine a hablar, no a asaltarla. Vengo de distraerme un poco y no estoy de humor para semejantes trotes.

Sabía que iba a ofenderla, a herirla. Y vio, con una mezcla de alegría y dolor, que así era. Lo vio en sus ojos, en el crispamiento indomeñable de su boca.

Pero al instante, Olga fue la que era.

—Sus diversiones privadas no me interesan, señor Raglan. ¿Cómo ha descubierto mi alojamiento y qué es lo que desea?

—Lo primero carece de importancia. Lo segundo se lo diré si me deja pasar. No es para conversarlo en el pasillo, aparte de que podrían salir otros clientes, o llegar empleados, y su reputación iba a sufrir.

Ella encajó la ironía apretando la boca. Llameaban sus magníficos ojos. Hasta entonces no la había visto con ojeras y eran hondas; aumentaban hasta un grado enloquecedor su belleza. Se hizo atrás y le dejó el paso libre, bajando el lanzadardos.

—Pase.

Pasó.

Era una *suite* como tantas iguales en hoteles de aquella categoría: Cinco estrellas. Salita, alcoba y baño. Ella cerró y lo afrontó. Como una leona joven, como una reina, como una mujer ofendida en lo más profundo de su orgullo.

—Es usted muy audaz, desde luego, señor Raglan... —Inició cortante, casi agresiva; pero estaba haciéndose muchas preguntas, estaba nerviosa, aunque procurando no demostrarlo, y también muy en guardia. Raglan la cortó mordaz, amargo:

—Todos los truhanes solemos serlo, señora; es parte inherente a nuestra condición. ¿No quiere saber qué he hecho desde que burlé anteayer a los agentes suyos y de su amigo?

—Imagino que ha venido a contármelo.

Se mantenía de pie, tensa, bellísima, no dándole ninguna oportunidad; con la lanzadardos empuñada, aunque baja, a tres pasos. Y él no podía evitarlo, la amaba, la amaba, la amaba...

—Dígame a qué ha venido y acabemos —insistió Olga.

—Como guste. Tampoco es mi deseo permanecer aquí, molestándola con mi presencia, más tiempo del estrictamente necesario. No siento ningún deseo de volver a jugar el embrollado juego al que usted y su socio me han estado sometiendo durante las últimas semanas.

Ella no le quitaba ojo. Y lo que había en sus ojos...

—Termine de una vez. Viene a proponerme algún trato, ¿verdad?

—Se equivoca, señora. Vengo a traerle lo que tanto le interesa poseer.

CAPÍTULO XIV

Había vuelto a cogerla en falso, sorprendiéndola; se lo notó en la aturrida, incrédula, pero también nerviosa, reacción.

—¿Qué..., quiere decir?

—Suponiendo, naturalmente, que sea tan sólo la reivindicación del buen nombre de su padre lo que la ha empujado a esta aventura. Ahí tiene lo que puede permitírselo.

Tiró, casi con desprecio, la vieja cartera sobre la mesa de centro que había entre ambos. Era el momento de amarga gloria, iba a apurarlo hasta el fin.

Ella, ahora, parecía rara. Miró a la cartera, luego de nuevo a él que mientras tanto había sacado tabaco y se dispuso a fumar con una displicencia muy lejos de su verdadero estado anímico.

—¿Usted..., me trae los documentos?

—Los que le interesaban personalmente, por referirse a la verdadera actuación de su padre en todo el siniestro embrollo culminado con el asesinato del presidente Macumbe, sí, ahí están. Le costará muy poco esfuerzo comprobarlo y le doy mi palabra de bribón que no es una añagaza.

La vio alentar hondo. Luego ella avanzó, dejó el arma lanzadardos sobre el velador y asió el maletín, abriéndolo. Sus bellísimas manos temblaban un tanto...

Cuando sacó el puñado de documentos, Roy Raglan se movió, deliberadamente despacio hacia una de las butacas, sentándose y arrellanándose cómodo sin quitarle ojo. La vio dejarlos sobre la mesa, tomar uno y comenzar a leerlo. La estaba viendo cercana y a la vez inasequible, amada y casi odiada a la par, azotada por el hecho, para su orgullo de gran dama puritana, de amazona moderna, de leona joven, de que él, el aventurero inmoral y buscafaldas al que había despreciado de un modo tan femenino como cruel, le pagaba aquel desprecio trayéndole los documentos exculpatorios de su padre cuando, a buen seguro, ya conocía toda la verdad. Podía notar en su actitud tirante, ansiosa, rara, las emociones que le provocaban aquella certeza y el saber que lo

estaba empujando a él a obrar así. Era un placer profundo, íntimo, vital; un hondo dolor, también.

Olga Bryce sólo necesitó un par de minutos para comprender que no le estaba mintiendo, ni tendiéndole una trampa. Cuando volvió a mirarla, algo en toda su actitud había cambiado. También en su voz.

—¿Por qué está haciendo esto, señor Raglan?

—Lo sabe muy bien. Aunque puede que no termine de entenderlo. Imagino que los estímulos y las motivaciones de la conducta de un truhán desvergonzado e inescrupuloso, andarán a mil millas de distancia de los de una mujer de su clase.

—Sé que le juzgué mal...

—Ahórrese cumplidos, señora. No he venido a cobrarle mis servicios, sino a aclarar definitivamente este negocio antes de darlo por finiquitado. Si es que me da tiempo a hacerlo antes de que su amigo aparezca junto con toda la cohorte de mercenarios y de ingenuos de que ustedes dos se han estado sirviendo para conseguir los documentos del general Langhor, Tuve suficiente con el balazo y la sesión de cuarenta y ocho horas de tortura de agua.

Ella parecía estar volviendo poco a poco a recuperar la serenidad. De todos modos estaba rara. Y se mantuvo de pie, una figura capaz de volver loco a cualquier hombre.

—No me dejará hablar, claro. Está furioso y ofendido...

—No, estoy alegre y halagado. Sí, es verdad, señora, así me siento. Después de todo, usted lo sabe, soy un gran vanidoso; así consta en mi *dossier*. Me halaga profundamente el que una mujer como usted y un hombre como su amigo se hayan tomado tanto trabajo durante tanto tiempo únicamente para demostrarme que sólo soy un fanfarrón fácil de manejar y de embaucar.

—Nunca le creímos...

—¡He dicho que se deje de cumplidos! La creo lo bastante inteligente para comprender que están fuera de lugar. Ustedes dos sabían cuál era mi misión aquí, llegaron antes que yo, alquilieron esa finca de las afueras y se prepararon adecuadamente para atrapar me en cuanto conectara con el que debía informarme el lugar en que se ocultaban estos documentos. Apenas lo imaginaron entraron en acción... A propósito, siento haberle pegado un tiro a aquel gorila, enviándolo al otro barrio. Naturalmente solo debía

haber una muerte, la mía, una vez dejara de servirles...

—Está desbarrando, señor Raglan.

Volví a ser la leona real... Raglan hizo un gesto cínico, adrede.

—¿De veras? Bueno, admito que es un punto oscuro. Podría ser que otra pandilla les ganara la mano...

—Eran agentes pagados por el grupo norteamericano que controla los yacimientos metalíferos de ese país negro. Conocíamos su llegada a esta ciudad y sus propósitos, de modo que alquilamos una pequeña oficina en el mismo edificio donde ellos montaron su centro de operaciones, para tenerles vigilados. Cuando se nos anticiparon, en efecto, a raptarle nos decidimos a actuar sobre la marcha. No todo ha sido ficción por nuestra parte en este asunto, señor Raglan.

—Aceptado. Este hombro agujereado y las cuarenta y ocho horas de gotas de agua sobre mi frente no tuvieron nada de ficticios.

—Entonces yo le consideraba otro de los muchos aventureros poco escrupulosos y dispuestos a lo que fuera, con tal de conseguir esos documentos para quienes les habían contratado. Su *dossier*, que leí detenidamente, no me permitía opinar de otro modo. Dejé que *sir* Francis le sometiera a ese tratamiento porque me garantizó que no le provocaría la muerte ni tampoco ninguna lesión cerebral, dado que precisamente por haber recibido una reciente herida no estaba en condiciones de soportar el goteo mucho tiempo. Pero usted resultó mucho más resistente de lo que había calculado.

—Soy muy resistente, en efecto. Tanto como fatuo, mujeriego e insolente. Pero su *sir* Francis olvidó decirle que la tortura del goteo puede volver loco al que la sufre, de locura incurable. Con toda mi dureza me faltó poco, señora.

La vio crisparse.

—No lo sabía. Creí...

—Creyó al muy frío, dominador y convincente *sir* Francis, claro. Era lógico, pertenece a su casta, además de ser muy próximo pariente de su marido inválido...

—¿Le ha dicho él eso?

Había algo extraño en la reacción de Olga. Fue instantánea, pero..., decididamente, sí, rara. Raglan se puso en guardia.

—Poco antes de soltarme de nuevo, con la esperanza de que ahora sí les conduciría a ustedes hasta donde deseaban llegar. ¿Acaso

mintió?

Ya estaba ella de nuevo tras de sus murallas. Sólo su mirada auriverde...

—¿Qué más le dijo?

—Puede preguntárselo a él cuando le vea, que imagino será muy pronto. A propósito, yo ya la sabía casada, desde el primer momento. Cuando se quitó la alianza debió haber advertido la leve señal que ha dejado en su dedo.

Ahora ella se miró el anular desnudo. Luego le miró a él de modo muy raro, muy raro.

—Y usted es tan observador... —Había una clara ironía en su voz, que puso en vilo a Raglan—. Por eso me propuso matrimonio, claro.

—Y me gané una dura bofetada, justa, por mi gran insolencia. Eso debió también ayudarla a acallar cualesquiera escrúpulos de conciencia que pudiera tener para dejarme en las manos del simpático y civilizado *sir* Francis, con todo y mi hombro agujereado.

Ella pasó por alto su sarcasmo. Ahora parecía muy serena, incluso fría. Pero seguía habiendo algo en sus ojos que incordia en extremo a Raglan.

—Cuando descubrieron que en la caja fuerte del Banco no había sino polvo y telarañas, pensaron al pronto que les había mentido. Luego sin duda *sir* Francis, que debe ser muy inteligente, sagaz y de infinitos recursos y que también lee mucha literatura sobre espionaje, y ve mucha filmografía policíaca, se dijo que dos días completos de goteo no eran como para que un hombre herido se anduviese con embustes y que yo había sido engañado, o más bien guardaba algo en las entretelas de mi cerebro...

—Estaba seguro de que le habían practicado un tratamiento de hipnosis profunda, de modo que si se veía en una situación similar a la que le pusimos pudiera dar el dato de la caja de alquilar y ningún tipo de tortura normal le sacara otra cosa. Me convenció de ello, por eso le dejé manos libres mientras yo realizaba investigaciones en otra dirección.

—Y así me tuvieron durante tres semanas sometido a una serie de tratamientos, drogado, intentando conseguir que les revelara lo que suponían que escondía en mi mente... Como estaba debilitado por la herida, la fiebre, la tortura del agua, *sir* Francis creyó fácil la

cosa. Lo que ignoraba era que yo no había sido sometido a ninguna práctica de ciencia-policiaca-ficción, sino que lisa y llanamente, por los métodos tradicionales del Servicio y el Office, se me encomendó una misión...

—Le mandaron como cabeza de turco, a atraer La atención y recibir los golpes, mientras verdaderos especialistas del Service entraban en acción, buscando los documentos.

—Ya lo sé. Gajes de ser un truhán mal afamado. Sin embargo, yo he hallado los documentos y no ellos, o su *sir* Francis.

—Es lo que me desconcierta más. ¿Cómo ha podido...?

—Permítame guardar modestamente el secreto de mi éxito. Ustedes dos montaron luego toda la pantomima del secuestro de mi muy debilitada persona, dándoles a Amanda y a Emil los papeles de agentes al servicio del actual Gobierno de su país y a otro de sus muy ingenuos ayudantes lo hicieron pasar por el actual jefe de Seguridad Interior, seguros de que nunca le vi en efigie. En eso acertaron y también el hombre supo representar su papel, así como los demás. Pero al ser simples aficionados muy bienintencionados no pudieron evitar el cometer numerosos errores que a pesar de mi estado capté, y me llevaron a sospechar había demasiadas notas raras, disonantes, en aquella partitura. Sin embargo mi ansia de libertad era tan grande que caí en su ingenua trampa como un bobo...

—No fue tan ingenua, me parece.

—Sí que lo fue. Usted no podía estar tan a mano aquella noche, ni ser tan estúpido mi centinela. Sin embargo admito que estuvo muy bien preparado en la mayoría de los detalles técnicos. Al pronto creí que la pistola estaría cargada con proyectiles de salva...

—El de la recámara era bueno. Sabíamos que le dispararía al perro guardián.

—Ése fue un detalle de calidad. Naturalmente, tras matar al perro yo debía estar convencido de que el arma estaba cargada. Pero usted nunca se habría arriesgado a tanto... ¿Contaba también con que yo haría lo que hice?

—Era fácil de prever, conociendo sus aficiones e instintos.

—Ya... Buena interpretación la suya aquella noche. Y buen mordisco el que me propinó. Es posible que entonces me metiera esto en la sangre... Pero no, fue instantáneo. Porque sabe muy bien

lo que siento, ¿verdad?

—Dígamelo.

—¿Y darle esa satisfacción? No, gracias, señora. Ya es bastante con que no lo puedo evitar y por eso estoy cometiendo las quijotadas a pares. Cómo debió reírse para dentro, viéndome interpretar el romántico papel de caballero enamorado que trata de salvarle la vida a la dama de sus pensamientos aún a costa de la suya propia...

—Fue una buena interpretación, sí.

—Tal vez porque era sincera. En aquellos momentos no tenía más idea que usted, o su amigo *sir* Francis, de dónde estaban esos malditos documentos. Lo crea o no, y ya me tiene sin cuidado lo que crea, creía estar jugándome la vida. Así que hice el payaso hasta el fin y luego, cuando sin duda su falso Ngoro les advirtió que les había tomado el pelo, decidieron montar otro bonito *show* lleno de naturalidad y dramatismo para sacarme de la ambulancia y ver de probar otra táctica con quien les estaba resultando demasiado duro de pelar. Tanto lo enredaron, tanto rizaron el rizo, señora, que terminaron liándose ustedes mientras yo, al fin, lograba escapar y, por algo que no voy a explicarle, daba con la clave, el escondrijo y los documentos. Una buena ironía, después de todo.

Se levantó. De repente le había entrado una odiosa necesidad de salir corriendo, porque no podía aguantar allí mirándola, hablándole, oyéndola, oliéndola... y amándola mucho más de lo que nunca se creyó capaz.

Al verle moverse hacia la puerta ella pareció reaccionar.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Marcharme. Ya tiene lo que deseaba, ya quedó suficientemente aclarado el asunto, sé lo que de mí piensa y lo que le provoco; usted conoce también mis sentimientos. Ocurre, señora, que este maldito bribón no siente el menor deseo de cobrarse el servicio solicitándole unas caricias y unos besos, tal vez porque usted le ha enseñado que hay algo de más valor en algunas, o tal vez en casi todas, las mujeres. Gracias por la lección, estamos a mano y hasta nunca.

Las últimas frases las soltó como disparos, empujado por un dolor rabioso, brutal, del alma, que jamás había sentido. También porque ella estaba quieta, mucho, mirándole muy fijo, mucho, de modo insoportable, como insoportable era el agobio que le producían su bruja belleza y aquel amor que en adelante, hiciera lo que hiciera,

iba a encadenarlo, lo sabía, a su añoranza.

Y como tampoco ella dijo nada se fue como un toro hacia la puerta, abrió y salió, cerrando de un seco portazo que debió despertar a medio hotel. Luego huyó de allí, porque si no salía huyendo iba..., iba...

CAPÍTULO XV

En cierto sentido siguió huyendo.

Una hora después de abandonar el hotel donde ella se alojaba ya había salido de aquella ciudad. Cinco horas más tarde tomaba un avión de líneas interiores, en otra no precisamente cercana. Tras dos horas de vuelo enlazó con otro que lo sacó de aquel país, sin novedad.

Veinticuatro horas más tarde se encontraba en casa de una vieja y muy honorable tía suya que lo recibió realmente sorprendida, pues hacía mucho tiempo que no la visitaba. De todos modos también la alegró su llegada y no puso ninguna objeción a que se quedara, según dijo, descansando de su ajetreada vida a su lado durante unos días.

Fue, ciertamente, todo un descanso. De una parte en aquella casa no había mujer cuya edad quedara por debajo del medio siglo; en segundo su *tête-à-tête* con Amanda lo había encalmado para unos días; en tercero y principal, tenía la mente llena de Olga Bryce. Así que durmió, o al menos se quedó acostado, muchas horas, leyó mucha prensa y algunos trabajos de gloriosos y antiguos escritores, comió, bebió, fumó... y no movió pata.

A su debido tiempo llegaron los paquetes que había enviado por correo a aquella dirección. Salvo que venían sucios, sobados, algo rasgados y con los sellos de franqueo hechos una lástima, otras injurias o manipulaciones no habían sufrido, todo lo que en ellos envió llegó a destino. Pasó algunas horas repasándolos tranquilamente, hizo una cuidadosa selección, volvió a repasarlos, cambió de montón algunos de ellos y, finalmente, quedaron tres apartados de muy distinto volumen.

Uno de aquellos apartados fue a parar a un lugar por lo menos tan secreto y seguro como el cuarto de trastos de la antigua patrona del infortunado Gilbert Dyango. Otro, el más pequeño, fue encerrado en recio sobre y enviado según rezaba en la cubierta al señor Ndongo, jefe de Seguridad Interior del país de donde tiempo atrás habían salido, junto con una nota mecanografiada explicatoria de las

razones que movían al remitente a realizar aquel envío. Cuando el señor Ndongo leyera una y otros, se apresuraría a llevárselos al presidente de la nación; y antes de transcurridas veinticuatro horas dos o tres docenas de políticos y negociantes de aquel país estarían en los incómodos calabozos de la jefatura de Seguridad, afrontando el inquietante futuro que se merecían.

Con el tercer grupo de documentos metido en una impecable cartera de negocios y él mismo impecablemente vestido, Roy Raglan se personó cierta brumosa mañana en la sede del Foreign Office y se encaminó al despacho de *sir* Charles, al que pareció coger de sorpresa su visita, así como ponerle algo incómodo.

—Le creíamos en alguna ignorada fosa, Raglan, la verdad...

—Y ya veo que me lleva luto. Lo lamento, si era ésa su intención al enviarme a representar el papel de zorro en esa cacería, *sir* Charles; pero el zorro no sólo ha burlado a todos los cazadores y jaurías, sino que además le trae el botín que ninguno de ellos ha podido obtener. Aquí lo tiene.

Sir Charles era un hombre muy impermeabilizado. No se molestó en presentarle excusas, limitándose, sencillamente, a recordarle lo que ya le dijera al enrolarlo en aquel asunto. Luego se puso a examinar con avidez los documentos y mandó llamar a dos o tres altos funcionarios, que llegaron muy aprisa. Uno de los tales miró a Raglan con gran fijeza al entrar, aunque ni el más avezado fisonomista habría podido leer en su rostro o sus ojos lo que sin duda pasaba por su cerebro. Era *sir* Francis, el tío del marido de Olga. Por su parte, Raglan lo acogió con una plácida sonrisa repleta de mala intención.

Tras un largo y detenido examen de aquellos documentos fue precisamente *sir* Francis quien tuvo el coraje, digno de admirar, de plantearle batalla.

—Un excelente trabajo el suyo, sin duda, Raglan. Pero nos consta que aquí no están todos los documentos del general Langhor.

Sosteniéndole la mirada y dándole a sus palabras, a su tono, todos los matices que deseaba, Raglan le replicó:

—En efecto, así es. Habida cuenta de que me mintieron y engañaron para inducirme a aceptar esta misión, señores, comprenderán que no me sienta demasiado ligado por mis promesas de entonces. De los documentos reunidos por el general Langhor

separé todos aquellos que exclusivamente se referían al papel realizado por el coronel Bryce en el tenebroso *affaire* del asesinato del presidente Macumbe y se los envié a su hija, con mis mejores deseos de que le sirvan para limpiar la memoria de su padre de toda imputación falsa y maligna con referencia a aquel asesinato. También he enviado al Gobierno de ese país otros documentos que ya deben haber llegado a su poder y les va a permitir, imagino, desenmascarar, juzgar y condenar cuantos tramaron el complot contra Macumbe y asesinaron también al coronel Bryce, apuntándose ellos de paso un tanto político. El resto los tienen ustedes aquí. Habida cuenta de que jamás debieron esperar que tuviese éxito en la tarea que me encomendaron, espero se hallarán de acuerdo conmigo en la improcedencia de lanzarme reproches por mi comportamiento al disponer de algo que, a fin de cuentas, nadie habría hallado nunca porque yo mismo di con ellos por una afortunada e inesperada casualidad.

Tuvieron que tragárselo; tenían mala conciencia. Naturalmente le dieron el cheque por cinco mil esterlinas que le habían prometido si cumplía satisfactoriamente su misión tal como les había puesto las cosas, no podían negarse.

Sir Francis le hizo ir a su despacho y allí se quitó la máscara.

—Ha sido muy astuto, Raglan, lo reconozco. Pero si trata de involucrarme de algún modo en lo ocurrido...

—No me amenace, *sir* Francis, o tendré que darle una buena paliza, ganas me sobran. Por otra parte no pienso contarle a nadie aquí, ni en ningún otro lugar, el papel que tuvo usted en este negocio. Pero yo si le voy a hacer una advertencia. No trate de buscarme las cosquillas porque entonces le machacaré el cráneo. Me entiende, ¿verdad?

—Habla muy claro. ¿Es por el goteo o es por Olga?

—Es por todo. Usted es un hombre muy ambicioso, *sir* Francis. Alto funcionario del Servicio, también del Office, poderosamente relacionado, con altos valedores... Pero ansiaba más, mucho más. Un ministerio, tal vez, o una importante embajada, luego puestos directivos en ciertas grandes empresas... Los documentos de Langhor debían proporcionarle la consecuencia de sus ambiciones, lo planeó todo muy bien para que nadie sospechara nunca su participación directa en el negocio; se aprovechó del ferviente deseo

de Olga de vindicar la memoria de su padre para utilizarla como su tapadera y peón de ataque, sin duda contaba con que se conformaría con los documentos exculpatorios de su padre, dejándole todo el botín. Y ese botín iba a servirle para llegar a lo alto, bien manejado, mientras yo, el aventurero de fama poco honorable, me pudría en cualquier agujero de los suburbios de aquella ciudad, no llorado ni añorado por nadie. Pero le han salido mal las cuentas, *sir* Francis, me he llevado el botín y usted nada puede hacer, sino aguantarse.

—Es un pillito muy afortunado...

—Yo me pregunto, *sir* Francis, quién de los dos es más bribón. ¿Qué cree usted?

Al menos, por aquel lado quedaba bien vengado...

Y también compensado pecuniariamente. Un par de visitas a otros tantos importantísimos personajes en la City, seguidas de la exhibición de sendas fotocopias de algunos de los documentos que se había reservado, y unas razonables discusiones, incrementaron de golpe su cuenta corriente en la nada despreciable cantidad de doscientas mil esterlinas, que le permitiría afrontar la aún lejana vejez con una confortable seguridad económica. Además, dos tercios del dinero le fueron entregados en acciones nominales de sólidas empresas que producían buenos dividendos, aunque no muy espectaculares. Así evitaba la tentación a dilapidar. Tenía cumplidos treinta y cuatro años, los días de vino y rosas no iban a durarle mucho más, sentíase mortalmente cansado, con un cansancio del alma...

Habían transcurrido tres semanas desde que viera a Olga Bryce por última vez y su nostalgia de ella lo enfermaba, mental y físicamente. No obstante no había hecho nada por saber de ella, estaba decidido a arrancarla de sus pensamientos aunque le costara tiempo y dolor.

Por eso se marchó a pescar.

Para un hombre de acción, un

play-boy

, un trepidante gozador de emociones y mujeres, no hay nada tan incongruente como una caña de pescar y un rincón de la Tierra donde aún queda algo del antiguo encanto de vivir. Cuantos conocían, poco o mucho, a Roy Raglan, desde luego irían a buscarlo

a cualquier parte excepto a Killarney, en la verde, jugosa y bucólica Irlanda, en un rincón de su costa noroccidental. Allí sólo llegaban los ecos de los conflictos del Ulster; no digamos del resto del podrido y desquiciado mundo.

Durante cuatro larguísimos días Roy Raglan hizo lo que cualquier aficionado a la pesca de caña. Era un deporte que no le exigía el menor gasto de energías físicas, porque si alguna vez picaba un pez lo dejaba escapar y asunto concluido. En cambio el eterno ir y venir de las olas le ayudaba a pensar, a recordar.

Estaba aquella opalescente tarde dedicado a eso, totalmente abstraído, aislado, sobre una roca al extremo de una fragosa punta de acantilados bajos que se separaba de la alta costa un centenar de metros a mitad de la pequeña y abrigada bahía, teniendo al pueblo, pequeño y bello, enfrente; al otro lado de media milla de aguas vedes y blancas y a un cuarto de milla escaso del pequeño hotel donde se alojaba, cuando uno de aquellos inoportunos habitantes del mar se puso a tirar del sedal. Lo sacó no sin bregar con él unos minutos, le quitó el anzuelo de la boca y le dijo, malhumorado:

—Vuelve a tu ambiente, idiota, y procura no volver a dejarte enganchar por sabroso que te parezca el cebo.

El pez coleteaba y boqueaba, frío y vibrante en su mano. Lo lanzó con vigoroso empuje y le vio hundirse en su elemento.

—Así no comerá mucho pescado fresco.

Se quedó como si le hubieran volcado encima una barrica de agua a punto de congelación. No podía ser, era una jugarreta de su mente...

Luego giró despacio, porque estaba demasiado conmocionado por la voz cálida, profunda, con una nota de vibrante intimidad, y la vio.

Había llegado hasta su espalda sin ser oída por él a causa de su abstracción y el fragor del oleaje; la tenía a tres metros escasos.

Pero cuando ella sonrió aquella sonrisa fue como un puñetazo sobre su bizarro corazón y le hizo galopar la sangre, poniéndosela a punto de ebullición. No podía ser, pero estaba allí, no era un espejismo, sí un milagro...

Se levantó como autómatas, demasiado aturdido y conmocionado. Dejando que a sus ojos apareciera todo claramente.

—¿Usted? ¿Cómo ha llegado aquí?

—Trabajo me costó. Tuve que indagar lo mío porque ni uno solo de

sus amigos y enemigos a quienes consulté, tenían la menor idea de que hubiera elegido este hermoso y plácido lugar para esconderse. Estaba allí..., y había indagado buscándolo... ¿Por qué, qué podía querer de él?

—Se marchó aquel día demasiado furioso y agresivo, demasiado ciego y dolido. Por mi parte estaba demasiado conturbada. Creí prudente dejar pasar un tiempo antes de volver a vernos, considerándolo bueno para ambos.

—No..., no puedo comprenderla.

—Le creo. Usted, Roy, comprende a las mujeres mucho menos de lo que se imagina.

A él se le volvió a parar el corazón. Pero ella no le dejó ni respirar.

—Hace algún tiempo me hizo una proposición que rechacé, ¿recuerda? Me entregaría los documentos que me permitirían restablecer el prestigio de mi padre, si, a cambio, consentía en ser su esposa.

—Y usted me abofeteó...

—Entonces no podía contestarle de otro modo. Ahora estoy aquí para decirle que, pues cumplió su palabra entregándome los documentos, si aún sigue queriéndome por esposa estoy dispuesta a serlo.

—Pe..., pero... Usted está casada... Su marido...

La sonrisa de ella le iluminó el rostro haciéndoselo resplandecer, su boca de tentación pura tuvo una leve crispación risueña y sus ojos dorados llenáronse de un tierno calor mezclado de femenina burla. Y de algo más importante, más íntimo y valioso.

—*Sir* Francis le mintió. Nunca estuve casada. Su sobrino, que era mi prometido, se mató probando un auto móvil nuevo apenas un mes antes de nuestra boda. Yo lo amaba sinceramente, fue un duro golpe para mí. En cuanto a la marca de mi dedo que usted de modo tan sagaz notó, hace diez largos años que lo he llevado, era el anillo de boda de mi madre, mírelo.

Tendió la diestra y allí estaba. El anillo de bodas de su madre... Era libre... Y venía a ofrecérselo...

—Usted dijo entonces...

—Lo que sentía. Siempre digo lo que siento, Roy. Afirmé que sólo podría casarme con un hombre que tuviera mi respeto, mi amor, mi lealtad. Hay un hombre en el mundo que ha sabido ganárselos a

contrapelo de los acontecimientos y de mi voluntad. Mi lucha por no enamorarme de usted ha sido muy dura, pero inútil, al igual que la suya, por eso estoy aquí. Ya no puedo vivir sin usted, Roy. Decida.

Decidir, él. Él que estaba loco por ella, que sólo ansiaba...

Hizo lo que debía. No como Roy Raglan, el busca faldas impenitente y desvergonzado para quien las mujeres sólo eran reposo del guerrero, sino como lo hace un hombre profundamente enamorado, y por lo mismo muy humilde, para darle a la mujer amada el primer beso estrechándola contra su corazón.

Y entonces supo cómo eran los besos enamorados de Olga Bryce, que tanto lo desvelaron imaginándoselos en la boca de otro.

Porque así es la vida y así son las mujeres.

Gracias a Dios.

FIN



Cliff Bradley nació en España.

La persona oculta detrás de Cliff Bradley no es otra que Jesús Navarro Carrión-Cervera.

Junto con José Mallorquí, Jesús Navarro Carrión-Cervera ha sido uno de los más activos autores de literatura pulp que trabajaron en el medio cinematográfico.

Según los datos recogidos en la imdb, Navarro participó directamente en el guion de media docena de films, a los que hay que añadir la traslación de al menos dos de sus bolsilibros a la gran pantalla. La popular base de datos le acredita igualmente como autor de diálogos adicionales para la mítica «La noche del terror ciego», primera entrega de la célebre Tetralogía de los Templarios de Amando de Ossorio, aunque yo al menos no he podido verificar esta información. En el aspecto literario, publicaría más de quinientas novelitas entre 1947 y 1985, con sus distintos seudónimos (Cliff Bradley, John Palmer, Jeff Lassiter y Jess McCarr en el western y en el género policiaco y como Jesús Carrión o Jesús Navarro en la novela romántica).

Jeff Lassiter fue el seudónimo que empleaba habitualmente en las colecciones FBI y Agente Federal, ambas de Rollán, mientras que

Cliff Bradley fue el alias empleado en Bruguera en las colecciones servicio secreto y punto rojo.

De terror escribió un buen número de novelas para esa terror (Editorial andina) y Terror Rollán, siempre como Jeff Lassiter. Para Selección Terror de Bruguera no escribió curiosamente ninguna.

Utilizó los

ALIAS:

- Cliff Bradley.
- Jeff Lassiter.
- Jess mcCarr.
- Jesús Carrión.
- Jesús Navarro.
- John Palmer.